

## **2. EL MODELO DE RED COMO NUEVO MARCO DE INTELIGIBILIDAD SISTÉMICO-RELACIONAL-COMUNICACIONAL**

Anticipando algunas de las conclusiones finales de este trabajo, y de acuerdo con la metodología dialógica, recursiva y hologramática desarrollada en el mismo, voy a terminar de esbozar aquellos aspectos que, en mi opinión, han de constituir la agenda de una nueva ciencia del cambio. Este último apartado constituye, pues, un punto de llegada que enlaza directamente con el diagnóstico sociológico e historiográfico introducido al comienzo. En realidad, el objetivo no es otro que el retomar las cuestiones entonces suscitadas bajo la nueva luz que la reflexión teórica realizada con posterioridad puede proporcionar, dentro, claro está, de esa circularidad productiva conocimiento-experiencia-mundo-conocimiento que determina la estructura global de esta tesis. El análisis que presentaré ahora responderá, por tanto, al problema central de la inclusión de la heterogeneidad y fragmentación rizomática en un espacio de discurso crítico donde puedan ser recobrados, de manera abierta, los referentes de pasado y futuro. Así, intentaré poner en juego los niveles relacionales concretos desde los que valorar las condiciones de posibilidad de transgresión morfogenética de las pautas interaccionales predominantes en la sociedad global de la información. Todo ello no será posible si no terminamos de establecer un nuevo aparato conceptual desde el que hacer frente a esa gran “disfunción cognitiva” que parece sufrir la ciencia social, en general. Hemos visto que cualquier pretensión de definición de nuestro nuevo contexto histórico informacional es una respuesta a la colisión de distintas interpretaciones acerca del significado de la creciente expansión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. En este nuevo contexto en el que el signo es su propia referencia, el hombre actual parece vivir una nueva “prehistoria”, una nueva experiencia de la incertidumbre y de la duda primordial provocada por un mundo que se resiste a ser significado. En el marco del exceso de información y, en consecuencia, de la implosión del sentido, el punto de partida de lo que parece ser el comienzo de una nueva época histórica está, por tanto, determinado por la

urgencia de una reocupación, de una nueva territorialización simbólica de ese cada vez más complejo ámbito de la experiencia social.

Victor E. Frankl, psiquiatra que sufrió personalmente los horrores del nazismo desde su internación en un campo de concentración, ha dicho: «la primera fuerza motivante del hombre es la lucha por encontrar un sentido a la propia vida. Por eso hablo yo de *voluntad de sentido*, en contraste con el principio de placer (o, como también podríamos denominarlo, la *voluntad de placer*) en que se centra el psicoanálisis freudiano, y en contraste con la *voluntad de poder* que enfatiza la psicología de Adler» [Frankl, 2001: 139]. Urge ante todo –no he dejado de ser fiel a este compromiso a lo largo de mi trabajo– una redescipción significativa de los motivos de nuestra existencia. En su análisis crítico del fenómeno de la “globalización”, Ignacio Ramonet –un sociólogo, pienso, en busca “de”, que no “del”, sentido– indica que las profundas transformaciones que arrastra consigo obligan a una redefinición de los conceptos sobre los que ha descansado el edificio político y democrático erigido desde fines del siglo XVIII: “Estado-nación”, “soberanía”, “independencia”, “fronteras”, “democracia”, “Estado benefactor” y “ciudadanía” [Ramonet, 2001]. Por eso se pregunta: «¿Qué ocurre? ¿Por qué nos encontramos en esta situación? ¿Qué horizonte persigue nuestra civilización? Los ciudadanos constatan la incapacidad de los dirigentes políticos para analizar y explicar las dimensiones y la naturaleza de la crisis contemporánea. Nadie parece en condiciones de analizar el principio fundador de la nueva era en la que hemos entrado tras el desfondamiento del mundo poscomunista. Necesitamos encontrar nuevas formas de pensamiento» [Ramonet, 1997b: 16].

Ésta parece ser, pues, la primera tarea pendiente para el pensamiento social de cara a la construcción de una estrategia emancipadora frente a las nuevas formas de explotación, dominación y normalización del sujeto. Nos enfrentamos, por consiguiente, ante una situación histórica en la que el “impacto” tecnológico no debe ser abordado desde interrogantes como “¿adónde vamos?”, o “¿adónde estamos siendo empujados?”. Heinz von Foerster, deconstruyendo los poderes que se ocultan bajo el “nosotros” y el “aquí” implícitos en los referidos interrogantes, sugiere que deberíamos preguntarnos, muy al contrario, por un “¿adónde debemos ir?” y por un “¿adónde deseamos estar?”, respectivamente. Y es que –vengo insistiendo en ello–, los principios “futurológicos” de “permanencia” y “constancia” que presiden la reflexión sociológica actual hacen que el futuro se presente «en términos de un pasado con tan sólo algunas variaciones cuantitativas de cualidades por otra parte inalteradas: autos *más rápidos*, autopistas *más*

*amplias, más gente, y bombas más grandes»* [von Foerster, 1996: 202]. Y más pobreza, más desigualdad, más sufrimiento, más destrucción, tendremos que añadir también.

Pero no perdamos la perspectiva. Ese nuevo espíritu crítico y emancipador que habría de inspirar esa nueva ciencia sistémico-comunicacional del cambio socio-histórico requiere, de entrada, la preparación transdisciplinar de un nuevo aparato cognitivo. Como se deduce de la introducción al estudio de la temporalidad como herramienta hermenéutica de primer orden, dicho esfuerzo epistemológico deberá apoyarse en una premisa fundamental: la sustitución del modelo estructural-funcional moderno por el nuevo paradigma de red. Desde su congruencia con las nociones hermenéuticas de complejidad, emplazamiento, razón fronteriza, y con los postulados sistémicos-relacionales de la nueva pragmática de la comunicación humana, podemos, en consecuencia, proponer un principio de adecuación entre, de un lado, la experiencia de la arquitectura flexible, dinámica e inmaterial de las nuevas redes teleinformáticas, y, de otro, la nueva morfología social reticular que le sirve de escenario global. «La transformación más fundamental – argumenta Castells- de las relaciones de experiencia en la era de la información es su transición a un modelo de relación social construido, primordialmente, por la experiencia real de la relación» [Castells, 1998b: 383]. Comenzaré, pues, por indagar esa realidad a partir de la problemática planteada en torno al concepto de “globalización” y sus implicaciones espacio-temporales. Ello, para comenzar a cuestionar y desmontar, de manera crítica, esas «representaciones centradas en la “aldea global”, que han nutrido el imaginario del gran público con respecto al futuro de la comunidad humana, y que, en la *realpolitik* de las empresas, han constituido un vivero inagotable para legitimar las grandes sagas de la conquista del mercado mundial» [Mattelart, 1998: 105].

### **2.1. La dinámica global-local: la deslocalización y desecuenciación espacio-temporal informacional**

Nos enfrentamos a un nuevo contexto socio-histórico cuyo rasgo fundamental es su naturaleza de realidad escindida. Vivimos en un mundo que tiene enormes dificultades para reconocerse como totalidad, lo que complica su comprensión global. Su carácter esencialmente ambiguo radica en una yuxtaposición dinámica y compleja de diversos modos de aprehensión simbólica del tiempo y del espacio, y, así pues, de modelos muy distintos de elaboración de la identidad. Dicha complejidad se basa en la oposición entre tendencias homogeneizadoras y disgregadoras que suman y restan efectos de manera

diferencial. Si el postindustrialismo globalista insiste en la perspectiva de la unidad espacio-temporal de un mundo concebido como totalidad económica funcional, el “postmodernismo” apunta hacia la multiplicación inconciliable de las diferencias socio-culturales. Uno y otro enfoque inciden sobre dimensiones distintas de una misma realidad. Aunque sujetos a reglas del lenguaje e intereses diferentes, en cierto modo, vienen a complementarse. La proliferación aparentemente paradójica de las nuevas identidades locales de resistencia manifestada en el fenómeno de los nuevos nacionalismos, de los integrismos religiosos -y de otras formas de construcción de barreras de sentido de raíz mítica premoderna- es la respuesta a los efectos uniformizadores de la universalización del mercado y de la información. La nueva dinámica de inclusión-exclusión que se establece en el marco de la intensificación de los intercambios mundiales y de la asimetría de sus flujos se traduce en un proceso de desconexión recíproca entre los excluidos de la lógica tecno-económica de la uniformización y el propio sistema de exclusión de los nodos “vacíos” del sistema por parte de esa lógica global dominante<sup>525</sup>.

Desde esta perspectiva, el concepto tan difundido de “globalización” se hace teóricamente problemático por cuanto alude a aspectos muy distintos, cuando no contradictorios. Como ya señalé, a la noción de “globalismo”, que presupone la mundialización del mercado y la imposición de éste al Estado-nación, Ulrich Beck opone los términos de “globalidad” y “globalización”. En el primer caso, parte de la tesis de la inexistencia de espacios cerrados. La imbricación de lo económico, social, político y cultural a escala planetaria apunta hacia la idea de una “sociedad mundial” en la que destaca su autopercepción y reflexividad. Ello representa la conciencia de la especificidad de las distintas culturas, lo cual determina las actitudes y comportamientos que las definen: «en la expresión “sociedad mundial”, “mundial” significa según esto *diferencia*, *pluralidad*, y “sociedad” significa estado de *no-integración*, de manera que (tal y como sostiene M. Albrow) la sociedad mundial se puede comprender como una *pluralidad sin unidad*» [Beck, 1998: 29]. El término “globalidad” sirve, así, para designar una consecuencia fundamental de la nueva apertura de las fronteras y barreras político-territoriales: la proliferación de los nuevos flujos de intercambio de ideas, información, imágenes, mercancías, modas y estilos de vida facilitados por las nuevas tecnologías.

---

<sup>525</sup> Aquí debo volver a las reflexiones de Castells: «cuando la Red desconecta al Yo, el Yo, individual y colectivo, construye su significado sin la referencia instrumental global. El proceso de desconexión se vuelve recíproco, tras la negación por parte de los excluidos de la lógica unilateral del dominio estructural y la exclusión social» [Castells, 1997: 51].

La “reflexividad” de esa globalidad, esa nueva toma de conciencia mundial de lo que nos une frente a lo que nos separa desde una nueva experiencia de las diferencias socio-culturales representa una auténtica novedad histórica. En tanto se va produciendo el relativo desplazamiento de Occidente como centro de referencia cultural, por primera vez en la historia el mundo comienza a auto-comprenderse como “mundo”, como auténtica comunidad planetaria de problemas, objetivos e intereses. De hecho, es cierto que estamos tomando conciencia de que lo que ocurre política, económica o ecológicamente en algún lugar del mundo incide de modo decisivo en cualquier otro punto del planeta, con independencia de las distancias que median entre ellos. Esa comunidad de problemas tales como el de la sostenibilidad social y ecológica del desarrollo económico, o el arbitraje de las relaciones internacionales, puede apuntar hacia la conformación de un nuevo status de “ciudadanía mundial” superpuesto al de las nacionalidades, cuya fuerza simbólica, por otra parte, parece crecer en paralelo al reforzamiento mediático de la globalidad. Pero el problema subyacente sería el de la “governabilidad” dialógica y democrática de esa gran “estructura transcultural” a la que señala este concepto, frente a los poderes hegemónicos que determinan los nuevos juegos de conexión-desconexión de la red.

Ello enlaza con la noción de “globalización” según el modo en que es tratada por Beck. En lo que respecta a dicho concepto, el sociólogo alemán destaca el proceso de entrelazamiento complejo de los estados nacionales a partir de su integración supranacional en otras instancias internacionales, con la consiguiente redistribución del poder y de la toma de decisiones a nivel mundial que ello representa. Beck se hace, de esta manera, eco de la ya tratada crisis del Estado nacional como núcleo de irradiación de las decisiones políticas más relevantes al interior de las fronteras políticamente instituidas. Se refiere, pues, al entrecruzamiento dinámico de los propios estados con esos otros actores políticos internacionales –organismos supranacionales, empresas, ONGs, instituciones académicas y culturales, medios de comunicación, etc.- que, en el marco de esa interconexión transfronteriza, comparten de forma diferencial con aquéllos la toma de decisiones determinantes de la dinámica global del sistema [Beck, 1998]. En este sentido, Mattelart, advierte de los peligros de instrumentalización ideológica que forman parte de este concepto, al pretender ocultar las contradicciones inherentes a las nuevas formas de integración internacional imponiendo la imagen de una unidad basada en la universalización del mercado. Así, se sitúa en la misma perspectiva crítica del “globalismo” que encontramos en Beck, abordando el fenómeno de la “globalización” desde un punto de vista más amplio. Más allá de la imagen economicista de un mundo

fuertemente cohesionado por el libre cambio, el concepto de “globalización” expresa la fractura entre unos sistemas sociales concretos y un campo unificado de la economía, entre las fuerzas centrífugas de las culturas particulares y las fuerzas centralizadoras de la “cultura global”. El carácter engañoso del concepto estaría, en consecuencia, en la complejidad reducida que transmite: «se pretende abordar la nueva complejidad del globo con una ecuación de primer grado» [Mattelart, 1998: 99].

En general, y sin renunciar a ese enfoque sistémico que nos ilustra sobre la dinámica global-local que define realmente el fenómeno, hay que aclarar que el uso del concepto de “globalización” viene a reducirse a la perspectiva económica de la mundialización desregulada de los mercados financieros, con independencia de la postura favorable de tipo globalista o la actitud crítica que se pueda adoptar con respecto a ello. Por ejemplo, Ramonet recurre a él para denunciar el nuevo reinado “subpolítico” de la economía, la creciente subordinación de los estados nacionales al dictado de los mercados financieros, al margen de los intereses sociales en general [Ramonet, 2001]. Sea como fuere, el uso abusivo de que es objeto este término hoy día aconseja, en mi opinión, su utilización prudente. Beck, en cualquier caso, insiste en la naturaleza irreversible de la globalidad resultante con la que caracteriza a su “segunda modernidad”: «existe una afinidad entre las distintas lógicas de las globalizaciones ecológica, cultural, económica, política y social que no son reducibles –ni explicables– las unas a las otras, sino que, antes bien, deben resolverse y entenderse a la vez en sí mismas y en mutua interdependencia» [Beck, 1998: 29]. Es ahí donde el autor encuentra las posibilidades reales de neutralización del “hechizo despolitizador” del globalismo. La ideología economicista del globalismo, cuyos presupuestos temporales he analizado con anterioridad siguiendo a autores como Bell, Toffler, Sakaiya, o el mismo Fukuyama, sólo puede ser contrarrestada con la asunción plena de esa pluridimensionalidad de la globalidad. Beck sugiere del algún modo que toda estrategia de resistencia contra la simplificación normalizadora globalista debe partir de una auténtica experiencia plural de la complejidad<sup>526</sup>.

---

<sup>526</sup> Para el autor, ocho son las razones en concreto que explican la irreversibilidad de la globalidad: 1. El creciente ensanchamiento del espacio geográfico ligado a la intensificación de los intercambios internacionales, la naturaleza global de la red comercial financiera y el poder en aumento de las multinacionales. 2. La revolución permanente de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. 3. La “exigencia” universalmente aceptada del respeto de los derechos humanos. 4. El iconocentrismo de las nuevas industrias globales de la cultura. 5. La organización postinternacional y policéntrica de las relaciones políticas exteriores. 6. La dimensión mundial del problema de la pobreza. 7. La amenaza global de destrucción medioambiental. 8. El problema de los choques transculturales en lugares concretos del planeta. [Beck, 1998].

Comprendamos el alcance real de esa reflexividad simbólico cultural de la globalización que Beck enfoca desde una nueva sociología cultural. La globalidad, en el seno de la “nueva alianza”, impide, de entrada, la distinción entre una antropología de las sociedades tradicionales subdesarrolladas y una sociología de las sociedades industriales<sup>527</sup>. En el marco de una reunificación transdisciplinar de la ciencia social abierta a una construcción dialógica de la identidad, la singularidad histórica de la globalización presente –más allá de otros modelos como el de la “economía-mundo” de Emmanuel Wallerstein- radica, en resumen, «en la *ramificación, densidad y estabilidad de sus recíprocas redes de relaciones regionales-globales empíricamente comprobables y de su autodefinición de los medios de comunicación, así como de los espacios sociales y de las citadas corrientes icónicas en los planos cultural, político, económico y militar*. La sociedad mundial no es, pues, ninguna megasociedad nacional que contenga –y resuelva en sí- todas las sociedades nacionales, sino un horizonte mundial caracterizado por la multiplicidad y la ausencia de integrabilidad, y que sólo se abre cuando se produce y conserva en actividad y comunicación» [Beck, 1998: 31].

En relación con este problema, Giddens aborda el fenómeno moderno de la mundialización como proceso de dilatación y alargamiento progresivo de la interacción a distancia entre los diversos contextos sociales situados en el plano local de la co-presencia, lo que va dibujando una compleja red de relaciones que atraviesa todo el planeta. La mundialización se define, pues, como «la intensificación de las relaciones sociales en todo el mundo por las que se enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia o viceversa» [Giddens, 1993: 67-68]. Es evidente que el desarrollo de las nuevas tecnologías telemáticas imprime una nueva dimensión a este fenómeno. Lo decisivo es que, como, también reconoce Giddens, se trata de un proceso dialéctico y dinámico en tanto las alteraciones que se producen a nivel local no tienen por qué coincidir con los términos concretos de la relación efectuada a distancia. Ésta es la perspectiva de un complejo proceso de co-creación, apropiación y asimilación diferencial de los flujos globales de la comunicación que incide en la modificación recíproca de la

---

<sup>527</sup> «La crisis de la ideología del progreso-modernidad se halla también presente en los trabajos de los antropólogos de las grandes sociedades industriales. Ha cambiado la mirada sobre el otro. La crisis del sentido social (las significaciones establecidas y simbolizadas de relación con el prójimo) se ha generalizado al conjunto del planeta. Cada individuo ha tomado conciencia de su pertenencia a este último» [Mattelart, 1998: 109]. Con estas palabras introduce Armand Mattelart su perspectiva de una nueva “antropología de la contemporaneidad”. El problema –lo veremos reflejado en la obra de Augé- consiste, pues, en la conciliación cognitiva y emotiva de esta doble unidad-diversidad.

situación inicial en la que se encuentra cada contexto local antes del intercambio efectuado.

Este aspecto esencial del fenómeno de la globalización ha dado pie a la acuñación de un neologismo de origen anglosajón que, incidiendo en el doble efecto homogeneizador y fragmentador de la comunicación, está compuesto por los términos “globalización” y “localización”: “glocalización”. Cynthia Smith, citando a Majid Tehranian y Katharine Teheranian, destaca que las mismas fuerzas homogeneizadoras de los mercados van acompañadas, a partir de la difusión global de las nuevas tecnologías de la comunicación, de nuevas posibilidades de expresión de voces nacionales y locales. La “glocalización”, en este sentido, adopta la forma de una estrategia de mercado mediante la cual las grandes corporaciones transnacionales adaptan sus productos globales al marco económico-social y cultural concreto al que van destinados. O lo que es lo mismo, los flujos globales de comunicación circulan en función de las audiencias circunscritas en regiones geoculturales, geo-lingüísticas y geo-políticas. El resultado es una localización de los temas globales, como los que afectan al medio ambiente, los derechos humanos, etc., paralela a la globalización de los temas locales [Smith, 2002].

Dentro de esa dialéctica global-local, de ese diálogo –la cuestión está, en todo caso, en determinar si la “glocalización” apunta a tensión o a complementariedad- entre la homogeneización y la diversidad, se impone una imagen del mundo como horizonte común. Marc Augé señala que la propia elaboración de las identidades locales sólo es realizable hoy desde la perspectiva de su nuevo contexto planetario. Dentro de ese desfase entre la racionalidad mercantil global y la búsqueda local de la identidad como fenómeno específicamente cultural, y a partir de la intensificación “imparable” de los flujos de información, el mundo se convierte en referencia obligada de todos los procesos que tienen lugar en cualquier parte. Esta interconexión que une separando parece ser, en definitiva, la consecuencia de un exceso de modernidad que se concreta en el triple exceso de la información, de las imágenes y del individualismo: la “sobremodernidad” [Augé, 1999].

Este prisma de la oposición dinámica entre tendencias homogeneizadoras y reacciones disgregadoras encaja con una perspectiva temporal muy compleja, la cual converge en un doble proceso de desencantamiento y reencantamiento del mundo. Augé señala que, tras el desencantamiento que había supuesto la disolución de los mitos primitivos de origen por medio de la idea racionalista de progreso, la crisis que afecta a ésta desde mediados del siglo XX nos sitúa en un nuevo desencantamiento. Éste radica en



el rechazo de los nuevos mitos del futuro que dicha idea llevaba consigo, abriéndose simultáneamente las puertas a nuevos procesos de reencantamiento [Augé, 1999]<sup>528</sup>. Esto, congruente con el modo en que he afrontado el carácter ambiguo de la noción de progreso, tiene su reflejo en ese esquema general que propuse bajo el epígrafe de “complejo temporal postmoderno”. La formulación globalista del “fin de la historia” como ideología del fin de las ideologías, presumiendo una totalidad social derivada del triunfo definitivo de dicha idea, representa una remitificación implícita de la experiencia temporal. Ésta se materializa en una anticipación absoluta del futuro dentro de un presente definitivo. Se concreta en la culminación del sueño de la “aldea global”, del mundo como espacio común atravesado por una misma red económica apoyada en un sistema universal de comunicación. Se corresponde, en suma, con la dimensión homogénea y uniforme de un concepto de “globalización” ligado a nuevas formas de dominación tecno-económica a escala planetaria: la globalización económica como correlato de la globalización de la información.

Junto a este modelo de reactualización no-explicita del pensamiento anti-histórico moderno, se desarrolla una recuperación abiertamente contramodernizadora de la temporalidad premoderna. Esta concepción temporal, raíz de los nuevos procesos de elaboración de identidades locales de resistencia, obedece a la reacción de los excluidos frente al sistema de exclusión representado por el modelo anterior. Apunta hacia la desconexión entre esa gran unidad temporal globalista -la idea de la repetición indefinida de un futuro finalmente alcanzado- y una multiplicidad de pequeñas unidades temporales que, volcándose hacia la búsqueda de unas esencias particulares definidas en el pasado de una vez y para siempre, constituyen la base de universos simbólicos cerrados: las nuevas barreras de un sentido diluido en la globalidad. En tercer lugar, la temporalidad de corte postmodernista, como negación de la idea de historia como proceso universal y unitario, es la representación imaginaria de la desconexión temporal y descomposición multicultural del mundo. Quedándose “fuera” de ambos modelos, tan sólo expresa el gran desencantamiento, proyecta la imposibilidad de seguir pensando la evolución de las sociedades humanas de acuerdo con un ritmo aglutinante de los diversos ritmos temporales de cada una de las diferencias culturales. Esta negación de una historia unitaria

---

<sup>528</sup> Vattimo llega a plantear incluso que «todos estamos ya acostumbrados al hecho de que el desencanto del mundo haya producido también un radical desencanto respecto a la idea misma de desencanto; o, en otras palabras, que la desmitificación se ha vuelto, finalmente, contra sí misma, reconociendo como mito también el ideal de la liquidación del mito» [Vattimo, 1996a: 23].

y universal es compatible con la creciente generalización, al nivel de las estructuras y las prácticas dominantes, de esa especie de nuevo “presentismo” y de esa “atemporalidad”, resultante de la desecueñación temporal enlazada funcionalmente con el modelo de desarrollo del capitalismo informacional, como voy a tratar de explicar seguidamente.

Más adelante, retomaré el potencial descriptivo-comprensivo de esa “etnología propia” con la que Mattelart define la obra de Augé al «suscitar un cuestionamiento radical de la mirada etnocéntrica sobre los otros. Debido –continúa el autor- a este desplazamiento, se hace posible un cambio de perspectivas: el centro visto desde la periferia, los Nortes” vistos desde los “Sures” [Mattelart, 1998: 110]. Pero, en este momento, considero conveniente señalar algo acerca del modo en que la lógica instrumental de la nueva sociedad global no sólo es congruente con ese terror por la historia en que se resuelve el “complejo temporal informacional, sino también con un nuevo modo de experiencia cotidiana de la medida del tiempo. En relación con ello, me parece útil la distinción que Enrique Carretero sugiere entre las nociones de “tiempo imaginario” y “tiempo identitario”, apoyándose en las definiciones propuestas por Cornelius Castoriadis en el segundo volumen de *La institución imaginaria de la sociedad*<sup>529</sup>. Tratándose de conceptos adecuados al estudio de la configuración y despliegue de la temporalidad moderna, el primero se corresponde con la forma en que he abordado el tema del tiempo desde una óptica simbólico-fenomenológica: «consistiría en la significación global que una sociedad confiere a su temporalidad, en la institucionalización imaginaria de una autorrepresentación del tiempo que marca las directrices generales de la vida social. De igual modo, en el *tiempo imaginario* se inscribiría un tiempo preñado de futuro, destinado a un porvenir que fija, a modo de meta, el rumbo unidireccional del presente» [Carretero, 2002: 2]. Justamente, como he constatado, lo que representa el nuevo complejo temporal informacional es la conformación dinámica de un imaginario temporal exento de esa interpretación unidireccional de la diferencia entre el pasado y el futuro.

Frente a ello, el tiempo identitario queda restringido a la esfera de la cuantificación del tiempo de acuerdo con unidades de medida mesurables. Como señala Carretero, «la interdependencia y entrelazamiento de *tiempo imaginario* y *tiempo identitario* conforman el modo a través del cual cada sociedad vivencia su temporalidad y, de este modo, conforma su idiosincrasia» [Carretero, 2002: 2]. De ahí la importancia que Norbert Elias

---

<sup>529</sup> Castoriadis, 1989. Me limito a recoger la propia referencia bibliográfica utilizada por Carretero.

concede a la dimensión instrumental de la temporalidad. Este autor, del que me he servido para la elaboración de una concepción fenomenológica del tiempo, centra su interés no tanto en lo que es el tiempo, sino en la forma en que éste se determina en las sociedades históricas. Remitiendo el tiempo al flujo continuo de los hechos que forman parte de la vida humana, Elias sostiene que «la determinación del tiempo radica en la facultad humana de vincular entre sí dos o más secuencias distintas de transformaciones continuas, de las cuales una sirve de unidad de medida temporal para las otras» [Elias, 1997: 84]. Elias reconoce que la secuencia de relación puede ser muy diferente de la secuencia para la que sirve de unidad de medida del tiempo: «como proceso de este tipo, como *continuum* de cambio socialmente estandarizado, pueden ser útiles el flujo y reflujo de la marea, el orto y el ocaso del Sol y de la Luna. Y cuando estos procesos naturales resultan demasiado imprecisos para los fines de los hombres, éstos pueden establecer por cuenta propia procesos más exactos y fiables como medida para otros hechos» [Elias, 1997: 56-57]. Alude, en este caso, al reloj como expresión del progreso moderno en la medición del tiempo<sup>530</sup>.

Pero, más allá de esas diferencias entre las secuencias de relación -se trate de los sistemas de medida premodernos basados en las configuraciones y movimientos de los astros, o de la disciplina temporal moderna impuesta por las manecillas del reloj- y la secuencia a la que sirve de referencia, lo que prevalece es alguna propiedad común que permite la utilización de un proceso concreto como medida de los demás. Se trata de la posibilidad de la sincronización de series de acontecimientos, para lo cual es «preciso normalizar socialmente un proceso determinado como medida, cualquiera que sea su índole, física o histórico-social» [Elias, 1997: 85]. En las sociedades premodernas la identificación de las pautas de medición del tiempo con fenómenos naturales explica su estrecha vinculación con el espacio. La modernidad, sin embargo -esto coincide con la específica función coactiva que Elias atribuye a la medida del tiempo-, supone la sincronización en un tiempo único y uniforme, homogéneo y cuantitativo, de la heterogeneidad de las temporalidades sociales. Citando a Giddens, Carretero indica al respecto que la época moderna «institucionaliza un régimen de temporalidad estandarizado que rompe la ligazón con los procesos naturales para configurar un tiempo artificial al que debe plegarse la totalidad de la vida colectiva, lleva a cabo un *vaciado*

---

<sup>530</sup> Los relojes, para Elias, consistirían en «un *continuum* físico en devenir de factura humana, normalizado como cuadro de referencia y medida de otras entidades continuas y cambiantes sociales y físicas, en determinadas sociedades» [Elias, 1997: 57].

*temporal* consistente en divorciar al tiempo del espacio que le sirve como referencia. Es así como una medida del tiempo estrictamente mecánico solapa al tiempo propiamente cuantitativo, lo que conduce a un régimen de disciplina temporal que coloniza el entramado de la vida social [Carretero, 2002: 6-7].

Hasta ahora, siendo mi preocupación fundamental la del cambio histórico, no me he ocupado de este enfoque “identitario” de la medición cotidiana del tiempo. Sin embargo, llegados a este punto, sí me interesa hacer notar, en lo que respecta al complejo temporal informacional, el hecho de que, si en el plano simbólico responde a un proceso continuo de desfuturización ahistórica temporal, en el ámbito de la cuantificación cotidiana del tiempo deriva en una total dislocación y dessecuenciación de la propia experiencia. Dicho de otra forma, el tiempo identitario informacional no basa, precisamente, su capacidad disciplinadora en la adecuación de varias secuencias -una de las cuales sirve de referencia a las demás- en un orden secuencial regular; no se rige, como lo ha sido en la modernidad, por el acomodamiento práctico de series continuas en devenir. Y es que la heterogeneidad y fragmentación rizomática del tiempo postmoderno e informacional responde a una nueva lógica de relación entre dominación y temporalidad.

Manuel Castells, en su trabajo de síntesis de la “era de la información”, propone un esquema de relación entre una nueva “atemporalidad” y el nuevo sistema social informacional. La estructura relacional-reticular de éste, congruente con el mismo modo de funcionamiento de las nuevas tecnologías de la comunicación e información, coincide, pues, con el fin, en el terreno que hemos llamado “identitario”, del tiempo lineal, irreversible, mensurable y predecible de la modernidad. El autor alude a una profunda transformación de nuestra relación simbólica con el tiempo que no representa un simple regreso a la reversibilidad temporal de los mitos cíclicos. Estamos, más bien, ante una «la mezcla de tiempos para crear un universo eterno, no autoexpansivo, sino autosostenido, no cíclico sino aleatorio, no recurrente, sino incurrente: el tiempo atemporal, utilizando la tecnología para escapar de los contextos de su existencia y apropiarse selectivamente de cualquier valor que cada contexto pueda ofrecer al presente eterno» [Castells, 1997: 467].

Este “tiempo atemporal” es el resultado de un proceso de dessecuenciación de los fenómenos realizados en el contexto del “paradigma informacional” y de “la sociedad red”. Esta perturbación sistémica del orden secuencial actúa, por un lado, mediante la condensación de los acontecimientos en la instantaneidad, y, por otro, produciendo discontinuidades aleatorias en la propia secuencia: «la eliminación de la secuenciación crea un tiempo indiferenciado, que es equivalente a la eternidad» [Castells, 1997: 499].

Todo ello queda reflejado en diversas esferas de esta sociedad, tales como: la generación de valor económico a través de las transacciones de capital en tiempo real; la flexibilidad temporal en el funcionamiento de las empresas; la reducción y diversificación del tiempo laboral<sup>531</sup>; el desdibujamiento del ciclo vital<sup>532</sup>; el rechazo y la negación de la muerte hasta su mismo acto final<sup>533</sup>; la instantaneidad de las nuevas guerras electrónicas<sup>534</sup>; y,

---

<sup>531</sup> Castells centra la cuestión en la paulatina diversificación del tiempo y horarios laborales, en favor de una creciente desagregación del trabajo en el propio proceso laboral. La propia flexibilización temporal en el funcionamiento de las empresas tiene, pues, como consecuencia fundamental, no tanto el incremento del desempleo masivo, como «el acortamiento general del tiempo laboral a lo largo de la vida para una proporción considerable de la población» [Castells, 1997: 478].

<sup>532</sup> Se trata de una auténtica pérdida del patrón de ciclo vital al que tendían a ajustarse las sociedades industriales avanzadas, en el que la educación, el tiempo laboral, las trayectorias profesionales y el derecho a la jubilación constituían sus hitos más sobresalientes. Tanto es así que propone «la hipótesis de que la sociedad red se caracteriza por la ruptura de la ritmicidad, tanto biológica como social, asociada con la noción de un ciclo vital» [Castells, 1997: 480].

<sup>533</sup> «La tendencia que domina nuestras sociedades, como una expresión de nuestra ambición tecnológica y en concordancia con nuestra celebración de lo efímero, es borrar la muerte de la vida o hacer que pierda su sentido mediante su representación repetida en los medios de comunicación, siempre como la del otro, de tal modo que la propia se enfrenta con la sorpresa de lo inesperado. Al separar la muerte de la vida y al crear el sistema tecnológico que hace que esta creencia dure lo suficiente, construimos la eternidad en nuestro lapso vital. Así, pues, nos hacemos eternos, excepto durante ese breve momento en que nos acoge la luz» [Castells, 1997: 489]. Luego podremos ver esto a la luz de los efectos insensibilizadores producidos por los medios en su representación cotidiana de la violencia. Ahora quisiera incluir, en relación con esa pérdida de nuestra tradicional relación emocional con la muerte, la siguiente reflexión hecha por un historiador acerca del significado diferente que esa experiencia inevitable de la vida poseía en la Edad Media: «el hombre cuya muerte se acerca debe, en efecto, deshacerse poco a poco de todo y abandonar en primer lugar los honores del siglo. Primer acto, primera ceremonia de renuncia. Ostentatoria, como van a serlo los actos que seguirán; pero las bellas muertes en este tiempo son fiestas, se despliegan como sobre un teatro ante gran número de espectadores, ante gran número de oyentes atentos a todas las posturas, a todas las palabras, esperando del moribundo que manifieste lo que vale, que hable, que actúe según su rango, que deje un último ejemplo de virtud a los que le seguirán. Cada uno, de este modo, al dejar el mundo, tiene el deber de ayudar por última vez a afirmar esta moral que hace mantenerse en pie el cuerpo social, y sucederse las generaciones en la regularidad que complace a Dios. Y nosotros, que ya no sabemos lo que es la muerte suntuosa; nosotros, que escondemos la muerte, que la callamos, la evacuamos lo más rápidamente posible como un asunto molesto; nosotros, para quienes la buena muerte debe ser solitaria, rápida, discreta, aprovechemos que la grandeza a que el Mariscal ha llegado le coloca ante nosotros con una luz excepcionalmente viva, y sigamos paso a paso, en los detalles de su desarrollo, el ritual de la muerte a la antigua, que no era una escapada, una salida furtiva, sino una lenta aproximación, reglamentada, gobernada, un preludio, una transferencia solemne de un estado a otro estado superior, una transición tan pública como lo eran las bodas, tan majestuosa como la entrada de los reyes en sus villas. La muerte que hemos perdido y que, muy probablemente, nos falte» [Duby, 1985: 9]. Denunciando el carácter confuso, sucio, doloroso inhumano y degradante que adquiere ese último momento de nuestras vidas en el seno de la sociedad informacional, y haciéndose eco de esa vana búsqueda de eternidad durante la vida, Castells –obsérvese el contraste con el cuadro descrito por Duby– dice: «la vida se interrumpe en el umbral de la última sonrisa posible y la muerte se hace visible sólo durante un breve momento ceremonial, después de que los creadores de imagen especializados realicen su tranquilizadora *mise-en-scène*» [Castells, 1997: 488].

<sup>534</sup> La no implicación directa de los ciudadanos comunes, la corta duración que evite excesivos costes humanos y económicos, así como preguntas sobre la justificación de la intervención militar, y una imagen de limpieza y asepsia antidestructiva que oculte a la población los verdaderos estragos de las mismas son las condiciones necesarias que deben cumplir las nuevas guerras de la “sociedad de la información”. En estas guerras protagonizadas por ejércitos profesionales bien instruidos y equipados, la participación de la población queda, pues, restringida a «contemplar y animar desde sus cuartos de estar un espectáculo

finalmente, la cultura de la virtualidad mediática. Estamos, por tanto, ante una nueva cultura de lo eterno y lo efímero, que no de la circularidad, perteneciente a «un universo de expresiones culturales de temporalidad indiferenciada» [Castells, 1997: 497]. Esto es, una temporalidad espacialmente multidimensionalizada, rizomatizada, heterogeneizada, fragmentada, instantaneizada: «en la cultura, el tiempo se comprime y en última instancia se niega como una réplica primitiva de la rotación rápida de la producción, el consumo, la ideología y las políticas en las que se basa nuestra sociedad. Una velocidad que sólo han podido hacer posible las nuevas tecnologías de la comunicación» [Castells, 1997: 497]. No obstante, Castells considera que este tipo de temporalidad no abarca la totalidad de la experiencia humana. Dentro de los mecanismos de integración-exclusión de la Red, hay que diferenciar áreas temporales diversas, en función de su grado de asimilación de la lógica dominante. Si el tiempo “atemporal” corresponde al “espacio de los flujos”, el tiempo biológico y secuencial sigue operando en los espacios territoriales de los “lugares”, todo ello como base de una doble estructuración y desestructuración material de nuestras sociedades segmentadas y diversificadas.

Esta nueva y compleja perspectiva temporal enlaza con la nueva lógica espacial con la que se completa el nuevo modo de aprehensión simbólica de la experiencia social. La teoría del “espacio de los flujos” [Castells, 1997], la noción de los “no-lugares” [Augé, 1995] y el enfoque crítico de la “pérdida de la geografía” [Virilio, 1997] son la expresión de un nuevo acatamiento del espacio en su sujeción al tiempo absoluto de las redes telemáticas. Desde una teoría social del espacio, Castells define éste como soporte material de las prácticas sociales simultáneas en el tiempo y significadas simbólicamente [Castells, 1997]. Frente al principio de contigüidad física sobre el que se definía esta simultaneidad en las sociedades modernas, la expansión global del paradigma informacional impone un nuevo tipo de interconectividad a distancia establecida en el plano de la temporalidad absoluta. Se perfila así una nueva experiencia inmaterial del espacio que suprime el “aquí” en favor de la instantaneidad del “ahora” [Virilio, 1997]. El espacio de los flujos refleja la forma de organización material de las prácticas dominantes

---

particularmente excitante, salpicado de profundos sentimientos patrióticos» [Castells, 1997: 491]. Castells convierte, de este modo, la “Guerra del Golfo” de 1991 en auténtico paradigma de un nuevo concepto de acción militar: «sin duda, la guerra del Golfo fue el ensayo general de un nuevo tipo de guerra y su desenlace de 100 horas, contra un ejército iraquí numeroso y bien equipado, fue una demostración de la decisión de las nuevas potencias militares cuando está en juego un asunto importante (el suministro de petróleo a Occidente en este caso)» [Castells, 1997: 491]. Esto viene a coincidir con la óptica de las “guerras del futuro” que han definido Alvin y Heidi Toffler desde los factores de desmasificación, movilidad, aceleración y control informacional de los procesos propiciados por las nuevas tecnologías de la “tercera ola” [Toffler, 1994].

del mercado global, mantiene las secuencias de intercambio e interacción de capital, tecnología, información, símbolos e imágenes, etc., que tienen lugar entre las posiciones inestables y físicamente desconectadas de las nuevas estructuras hegemónicas del capitalismo digital.

Según el esquema de Castells, esta nueva configuración espacial de las prácticas dominantes está constituida por tres soportes materiales. Primeramente, los circuitos de impulsos electromagnéticos de las nuevas redes de comunicación realizadas a la velocidad de la luz: microelectrónica, telecomunicaciones, procesamiento informático, radiodifusión y transporte de alta velocidad. Si, en el espacio territorial de la contigüidad física, la existencia de un lugar –ciudad, región, etc.- se afirma en sí misma en relación con la existencia de otros lugares, en el espacio de los flujos la posición siempre inestable del lugar viene dada por la lógica funcional flexible de los propios flujos. Por consiguiente, la existencia real de los lugares se supedita a la función específica que le proporciona su inserción en la red global. A partir de los rasgos geográficos, económico-sociales y culturales que los individualizan, en segundo lugar, la red los conecta y desconecta funcionalmente desde su posición de “ejes” de comunicación que garantizan la interacción recíproca a lo largo de toda la red, o de “nodos”: «la ubicación de funciones estratégicamente importantes que constituyen una serie de actividades y organizaciones de base local en torno a una función clave de la red» [Castells, 1997: 446]<sup>535</sup>. Por último, se trata de la organización espacial acorde con los intereses y prácticas de la élite tecnócrata-financiera-gestora del capitalismo informacional. Este modelo espacial hegemónico está vinculado a nuevas formas de dominación basadas en la capacidad de organización e integración de las élites, y en la desarticulación y segmentación de las masas. De ello se deduce la oposición entre, de un lado, las prácticas dominantes situadas en la atemporalidad y ahistoricidad del espacio inmaterial de los flujos, y, de otro, la experiencia local y temporal histórica de las sociedades excluidas y subordinadas a la

---

<sup>535</sup> Castells ejemplifica empíricamente este enfoque teórico a partir del análisis de diversos procesos como el que representa la “ciudad global”. Ésta debe entenderse como «red constituida por los sistemas de decisiones de la economía global, en particular las relativas al sistema financiero» [Castells, 1997: 447]. Propone la integración en la red de “megaciudades” que, como nodos de la economía global, cumplen funciones principales en los órdenes de la gestión económica, del control de los medios de comunicación, de las decisiones políticas, y de la capacidad de generar símbolos: Tokio, Sao Paulo, Nueva York, Ciudad de México, Shangai, Bombay, Los Ángeles, Buenos Aires, Seúl, Pekín, Río de Janeiro, Calcuta, Osaka, Moscú, Yakarta, El Cairo, Nueva Delhi, Londres, París, Lagos, Dacca, Karachi, Tianjin, etc. Estos nodos funcionales juegan un papel fundamental de determinación de los procesos que tienen lugar en las sociedades y economías locales. Estos centros de gravitación de la red tienen, pues, como rasgo esencial su doble conexión global y desconexión local, tanto física como social. Todo ello incide en los nuevos factores de localización industrial y en el nuevo modelo de urbanización que el autor analiza en esta obra.

lógica global, aunque, como he analizado, con tendencia a su propio repliegue mítico. Ello aleja la lógica global del control sociopolítico de las sociedades locales-nacionales definidas históricamente. Y, de la misma manera, obliga a la conformación de un código cultural concreto de autorreconocimiento simbólico desde el que las élites puedan ejercer su dominio fijando fronteras hacia dentro y hacia fuera de su propia comunidad cultural-política<sup>536</sup>.

Esto, como sugería al comienzo de mi trabajo, viene a coincidir con la óptica de la “comunicación-mundo” y del tropismo de los flujos globales a los que alude Mattelart al tratar de dar cuenta del carácter desigual y asimétrico de los flujos de intercambio mundial. Se va instalando una nueva lógica de exclusión espacialmente muy compleja que trasciende la oposición clásica entre centro desarrollado y periferia subdesarrollada. La lógica funcional de los flujos globales conforma un esquema dinámico de nuevas formas de desigualdad que atraviesa en todas las direcciones la diferenciación estructural entre centro y periferia: «lo que ha removido la representación maniquea del mundo es el hecho de que el Norte ha descubierto los Sures de su propio territorio, y que del mismo corazón del Sur han surgido Nortes, que, a su vez, tienen también sus Sures» [Mattelart, 1998: 100]. También desde la óptica de los nuevos emplazamientos del poder y de la riqueza, Ramonet hace la siguiente reflexión: «¿se impondrán las fusiones a las fisiones? Pero, si las fusiones se multiplican en nombre de la mundialización, ¿no vamos hacia la proliferación de otro tipo de fisión, social esta vez, que algunos califican de “fractura”? Porque, en este sentido, el mundo de hoy se estructura sobre el modelo del archipiélago: islas de pobres, cada vez más numerosas, en el Norte; islotes de ricos, cada vez más concentrados, en el Sur» [Ramonet, 1997a: 64-64]<sup>537</sup>.

La configuración de una nueva forma de experiencia espacio-temporal, ligada al nuevo poder de los flujos y únicamente comprensible desde el doble paradigma de la

---

<sup>536</sup> En resumen, las dos formas primordiales de expresión espacial de la lógica global de dominio son, por un lado, la conformación de las élites como comunidad simbólica diferenciada del resto consistente en «microrredes personales que proyectan sus intereses en macrorredes funcionales por todo el conjunto global de interacciones del espacio de los flujos» [Castells, 1997: 450]. Por otro, la creación de un estilo de vida propio que deja su impronta en la elaboración de formas espaciales unificadoras de un ámbito simbólico reconocible y diferenciable de las especificidades culturales de las sociedades históricas: cadenas de hoteles, salas VIP de los aeropuertos, campos de golf, etc., espacios en los que se producen el encuentro de estas élites en sus desplazamientos por el mundo.

<sup>537</sup> Al aludir al fenómeno de la “fusión”, Ramonet se refiere a la formación de nuevos espacios de integración económica, comercial, e incluso política como el de la Unión Europea. No obstante, también es comprobable que ese modelo “federador” de integración a distintos niveles también adquiere la morfología flexible e inestable de la red. Al interior de dichas fusiones, el desplazamiento continuo de las posiciones relativas de cada uno de sus elementos impiden una imagen estructural estable de dichas asociaciones interestatales e interregionales.



complejidad y el emplazamiento, no sólo tiene incidencia directa en un nuevo mapa de la desigualdad y de la dominación a escala planetaria. Como ya se ha adelantado, el trastorno deslocalizador que provoca atañe de modo directo al problema de la elaboración de la identidad y, por tanto, del sentido. Afecta, en resumen, a una nueva conformación del sujeto individual y colectivo en su relación consigo mismo y con los demás. Partiendo de la noción de la experiencia moderna del “lugar” como espacio fuertemente simbolizado en el que se hace inteligible la identidad de sus ocupantes, de las relaciones que se mantienen entre ellos y de la tradición histórica compartida, Augé atribuye a su concepción temporal de la “sobremodernidad” el principio de la lógica espacial de los “no-lugares”. Éstos, suponiendo una nueva sociabilidad de la coexistencia, de la cohabitación -que no de la convivencia real-, acarrearán la imposibilidad de una construcción estable de la identidad [Augé, 1995].

Dicha imagen es congruente con el ángulo postmodernista de una identidad en continua transición, siempre sujeta a su constante redefinición. Los espacios de circulación (autopistas, áreas de servicios en las gasolineras, aeropuertos, vías aéreas), los espacios de consumo (super e hipermercados, cadenas hoteleras) y los espacios de la comunicación (pantallas, cables, las ondas de las transmisiones electrónicas) representan espacios que, aunque no físicamente inmateriales, comportan la desterritorialización de unas relaciones sociales no duraderas. Los no-lugares, perfectamente identificables con el espacio de los flujos, entrañan, pues, paso, tránsito, indeterminación del sujeto y de lo vivido, lo cual se corresponde con la nueva ética utilitarista, consumista e individualista del “globalismo”. Los no-lugares se yuxtaponen y encajan en una misma realidad, tienden a parecerse. Aeropuertos, hipermercados y gasolineras adoptan el mismo aspecto. La actividad desarrollada en esos espacios se simultanea con el uso de los medios de comunicación (radio, televisión, internet). Representan la nueva frontera de una individualidad replegada sobre sí misma, que Augé identifica con los fenómenos de “superlocalización”, de desimbolización de la relación social, de desatención del exterior inmediato del otro a cambio de las ilusiones y las imágenes servidas por los medios. De ese modo, la apropiación simbólica excluyente de determinados lugares de vida por parte de grupos excluidos o autoexcluidos –barrios marginales, por un lado, y ciudades, barrios y edificios privados, protegidos electrónicamente, por otro- demuestra el carácter contradictorio de una planetarización que pretende ser el intento de conciliación del repliegue del cuerpo dentro de fronteras estrechas y del carácter errático de la mirada a través del mundo de las imágenes [Augé, 1999]. Los “no-lugares” son, en ese sentido, la contrapartida espacial de

la espectacularización y ficcionalización simuladora de la nueva relación postmoderna del individuo con la realidad.

Augé insiste en el hecho de la existencia empírica de los no-lugares, lo cual le sirve para identificarlos con los nuevos procesos urbanizadores, con las “megaciudades” actuales analizadas por Castells [Castells, 1997]. Pero la desorganización y desarticulación espacial de esas grandes extensiones urbanas, difuminadas más allá de los límites tradicionales de la ciudad, suponen una auténtica desterritorialización de la existencia colectiva. La pérdida de los puntos de referencia de la sociabilidad interna, la falta de inscripción en un paisaje geográfico irreconocible, la uniformidad que disuelve los lugares de encuentro, etc., implican una existencia solitaria que se proyecta a través de las relaciones “intangibles” del nuevo universo televisivo y cibernético. En este sentido, podemos hablar de la “inmaterialidad” de los no-lugares en tanto no-corporeidad de las relaciones del individuo consigo mismo, con los demás y con el mundo, hecho que como se verá constituye uno de los núcleos de la obra de Paul Virilio [Virilio, 1997 y 1999]. El carácter físico en sentido estricto de los no-lugares no se corresponde con un auténtico nivel de conexión material física y humana, puesto que el tipo de intercambio que permiten sólo remite a su calidad de nodo interconectado globalmente mediante las tecnologías de las redes<sup>538</sup>.

En consecuencia, parece inevitable la identificación de los no-lugares con el “tercer entorno” de Javier Echeverría, de ese nuevo espacio social en permanente construcción, de naturaleza básicamente artificial, que recrea un nuevo marco de socialidad muy diferente a los del primer y segundo entorno que vinculé con las temporalidades premoderna y moderna, de forma respectiva. Como nuevo espacio-tiempo social, el tercer entorno presenta, según el autor, veinte características singularizadoras. Desde un punto de vista espacial-matemático, distalidad y reticularidad, lo cual, contrastando con la proximidad y recintualidad de los entornos anteriores, enlaza con el principio de interconectividad del espacio de los flujos del mundo de redes. A estas propiedades podemos añadir otras que afectan a aspectos tanto físicos como epistemológicos y sociológicos. Frente a la materialidad, presencialidad, naturalidad y sincronidad pertenecientes a los ámbitos de interrelación humana de los entornos natural y urbano, Echeverría opone la

---

<sup>538</sup> Esto coincide con la perspectiva antes apuntada de la elaboración de formas espaciales unificadoras del entorno simbólico de las élites del capitalismo informacional frente a la especificidad cultural e histórica de los lugares donde se emplazan. Esta exclusividad cultural-simbólica tiene su reflejo en la uniformidad arquitectónica de los nuevos centros de dirección y gestión [Castells, 1997].

informacionalidad, representacionalidad, artificialidad y multicronicidad del tercer entorno. Del mismo modo, si los primeros se definen, en mayor o menor grado, por la extensión, la movilidad física, la circulación lenta, el asentamiento en la tierra, la estabilidad y la localidad, el tercer entorno de la nueva “ciudad global” corresponde a la comprensión espacial, a la fluencia electrónica, a la circulación rápida, al asentamiento en el aire, a la inestabilidad y a la globalidad. Desde una óptica cognitiva, la pentasensorialidad, el desarrollo de la memoria natural interna, lo analógico y la diversificación semiótica de los dos primeros entornos ceden paso a la bisensorialidad cibernética, a la memoria natural externa, a la digitalidad, y a la integración semiótica. Y, finalmente, en contraste con la homogeneidad, nacionalidad, autosuficiencia y producción que conforman esos dos primeros entornos natural y urbano, la heterogeneidad, la transnacionalidad, la interdependencia y el consumo son considerados por Echeverría como los nuevos factores de realización e integración socio-política de los habitantes de ese tercer entorno [Echeverría, 1999].

La topología reticular, la transnacionalidad, la transterritorialidad y la transtemporalidad del tercer entorno y de los no-lugares viene a constatar ese carácter ambiguo y complejo con el que estoy afrontando esta nueva forma de contemporaneidad definida por el cruce de distintos tipos de relación espacial y temporal. Se trata, en efecto, del entrelazamiento dinámico e inestable de formas de sociabilidad propiamente modernas, basadas en el territorio y la historia, pero cada vez más enfocadas hacia un pasado primordial, y esos nuevos procesos de deslocalización y destemporalización de la experiencia humana sobremoderna. Estas son las condiciones de un horizonte mundial múltiple, no-integrado, y localmente desconectado, que sólo se abre en la interactividad comunicativa del nuevo espacio social de las redes globales. Este doble prisma de la conexión global y la desconexión local espacial ha sido enfocado por Paul Virilio desde una economía política de la velocidad, que, centrándose en los factores de deslocalización y desterritorialización producidos por las nuevas tecnologías de la información, conlleva importantes consecuencias de tipo económico-social, político, cultural y psicológico. También introduje algo al respecto en mi análisis crítico de la teoría del emplazamiento. Para este autor, la velocidad -relatividad misma, relación temporal entre dos fenómenos espacialmente separados- constituye históricamente la fuente principal de acumulación de la riqueza y de ejercicio del poder. Ello enlaza con su noción de “poder dromocrático” para asentar su discurso en lo que entiende como el accidente del tiempo real de las conexiones electromagnéticas [Virilio, 1997]. El triunfo del tiempo absoluto, el hecho de

que los procesos sociales dominantes se produzcan a la misma velocidad a la que actúan los procesos informáticos deviene en la abolición del espacio físico y territorial. Esta disolución del trayecto entre la salida y la llegada significa la conformación de una especie de hombre-planeta sin sentido de la distancia; sin conciencia de las dimensiones del mundo sobre las que se proyectan la identidad y la acción humanas.

La gran preocupación de Virilio está en las consecuencias sociales del “abandono” del territorio físico como referente social fundamental ligado a la irreversibilidad temporal. No habla de un fin de la historia o de la geografía, pero sí de una pérdida que aprisiona al hombre en un presente eterno en el que la historia queda reducida a la imagen, una vez suprimido todo discurso sobre la realidad [Virilio, 1997]. Esta no-diferenciación entre el pasado y el futuro, ésta pérdida mental de la Tierra por parte de un sujeto diluido en la ubicuidad, la instantaneidad, la inmediatez y la hiperpercepción, acarrea, de entrada, una gran crisis global de identidad. Conduce a la disipación simbólica del cuerpo territorial del mundo, del cuerpo social de la alteridad y del propio cuerpo. Pero la urbanización telemática del tiempo real paralela a la desurbanización del espacio concreto de los lugares, afín al enfoque desimbolizador de los no-lugares de Augé, entraña también el peligro del reforzamiento de las capacidades de control social.

Virilio enlaza así el problema de la libertad humana con el del movimiento espacial. Anuncia un “gran confinamiento” del hombre en la «rapidez y en la inanidad de todo desplazamiento» [Virilio, 1997: 58]. La consecuencia política que la “globalización” trae consigo es el sometimiento de una voluntad humana replegada hacia sí misma dentro de un mundo percibido como definitivamente completado y acabado. La absoluta desterritorialización de la comunidad de los presentes en beneficio de la coexistencia virtual de los habitantes de una ciudad global, cuyo único rostro es el propiciado por la simulación mediática, es el correlato del fin del espacio público de la sociabilidad democrática: «la *ciudad real*, localmente situada y que incluso daba su nombre a la política de las naciones, cede el puesto a la *ciudad virtual*, esta METACIUDAD desterritorializada que se convertirá así en la sede de esta metropolítica cuyo carácter totalitario, o mejor globalitario, no pasará inadvertido a nadie» [Virilio, 1999: 20]. Este enfoque de la total deslocalización de la existencia humana en el marco de la temporalidad absoluta del nuevo universo informacional también ha sido adoptado por otros autores como Alain Finkielkraut. El reino del tiempo real y de la instantaneidad de la imagen disuelven la realidad en un ahora absoluto donde el “aquí”, el lugar, ya no puede ejercer ninguna influencia [Finkielkraut, 1998]. Del mismo modo, constituye uno de los atributos

que conforman para Ramonet el nuevo sistema mundial sustentado sobre los pilares del mercado y la información. Se trata de lo que denomina “sistema PPII”: «el que estimula toda las actividades (financieras, comerciales, culturales, mediáticas) poseyendo cuatro cualidades principales: *planetario*, *permanente*, *inmediato* e *inmaterial*. Cuatro características que recuerdan los cuatro atributos principales del propio Dios. Y, de hecho, este sistema se erige en moderna divinidad, exigiendo sumisión, fe, culto y nuevas liturgias» [Ramonet, 1997b: 89].

Teniendo su referente central en el funcionamiento de los mercados financieros, pero afectando a todos los órdenes de lo socio-político-cultural, la eliminación global de la secuencialidad temporal y de la territorialidad espacial constituye, en definitiva, la destrucción del pensamiento crítico y reflexivo ilustrado, o expresado de otra forma, del pensamiento lineal. A la era del fin de los metarrelatos no sólo le corresponde la irrupción de la multiplicidad de historias sujetas a proyectos socio-históricos de base cultural concreta. El fin del metadiscurso histórico moderno tiene también su reflejo en el desarrollo de una nueva forma de relato no secuencial que, en la medida en que está abierto multidireccionalmente a la continua re-construcción y re-planteamiento de la trama, rompe con los cánones tradicionales de integración predeterminada del principio, desarrollo y fin de lo narrado. Si, como hemos visto desde el inicio, la temporalidad es una construcción simbólico-cultural, es decir, una experiencia social configurada narrativamente, el estudio de la nueva “hipertextualidad” nos dará las claves, en mi opinión, de esa nueva aprehensión ambigua y dessecuencializada del tiempo que modela, de manera dinámica y general, el complejo temporal informacional, y, en un sentido más específico, la propia temporalidad postmodernista basada en la categoría “caleidoscópica” de la variación.

### **2.1.1. La configuración hipertextual del tiempo red**

El término hipertexto fue acuñado, tras alguna utilización anterior, por Theodor H. Nelson hacia 1981 para designar un tipo de escritura electrónica no secuencial, conformadora de un texto bifurcado, compuesto de bloques y nexos llamados “hipervínculos”, que permiten al receptor la elección de distintos itinerarios de desarrollo y resolución de la lectura [Calvo, 2002]<sup>539</sup>. El hipertexto está constituido por dos

---

<sup>539</sup> Como aclara Núria Vouillamoz, si bien los conceptos de “hipertexto” e “hipermedia” son objeto de desarrollo en *Literary Machines*, obra publicada en 1981 por Nelson, la acuñación de dichos términos ya

elementos estructuradores, que se corresponden cada uno de ellos con unidades de escritura y lectura, de forma respectiva. De un lado, el “texton” coincide con el material escrito por el autor en forma de cadena de grafemas. De otro, el “escripton” consiste en una secuencia ininterrumpida de uno o varios textones elaborados por los distintos lectores a partir de los itinerarios seleccionados<sup>540</sup>. Siendo su rasgo fundamental la no-linealidad y la multiplicidad de accesos, y basándose en los mecanismos de interactividad e interconectividad propiciados por las nuevas tecnologías informacionales, la hipertextualidad representa la auténtica plasmación material-textual, es decir, la concreción en el texto manifiesto de los principios dialógicos desarrollados en este estudio, toda vez que pone de manifiesto la decisiva colaboración del receptor en la liberación comprensiva del sentido potencial de lo escrito. Remitiendo, por tanto, no sólo a una nueva forma de escritura configuradora de un nuevo espacio-tiempo simbólico, sino también a una nueva práctica de lectura que consolida los nuevos vínculos de socialidad distal del tercer entorno cibernético, el hipertexto es perfectamente coherente con el descentramiento y dispersión rizomática del conocimiento, es decir, con la aplicación postestructuralista y postmodernista del paradigma de red al proceso de discursivización de una identidad infinitamente constituyente<sup>541</sup>.

En estudios como el de Helena Fidalgo la hipertextualidad supone, sobre todo, una alternativa a la textualidad centrada y jerárquica tradicional, que no sólo afecta a la reconfiguración de los roles del escritor y el lector, sino a los propios procesos de la comprensión. Así, destaca las indicaciones realizadas por George P. Landow en relación

---

había tenido lugar en un trabajo anterior editado en 1965, cuyo significativo título era *A File Structure for the Complex, The Changing and the Indeterminate* [Vouillamoz, 2000].

<sup>540</sup> Ana Calvo se basa en dicha descripción por la terminología utilizada por autores como Espen J. Aarseth, si bien otros investigadores prefieren el uso de “significante” para aludir al texton y de “significado” para referirse al escripton. Resalta también la utilización por parte de G.P. Landow, apoyándose en la obra de Roland Barthes, del concepto de “lexia” para aludir a esos nodos o secuencias textuales que configuran las “unidades de lectura”, bien en forma de pocas palabras, bien en forma de frases [Calvo, 2002].

<sup>541</sup> Esta definición del hipertexto de acuerdo con el modelo de red se ajusta, por ejemplo, a la definición recogida por Ana Calvo de la obra de James Conklin, el cual entiende aquél como una base de datos en red conformada por “páginas” de información textual y gráfica. Éstas, identificándose con la noción de “nodo”, son visualizadas en esas ventanas informáticas que presentan los enlaces con las otras páginas de esa base de datos reticular. [Calvo, 2000]. Núria Vouillamoz describe del siguiente modo el funcionamiento de este modelo de bases de datos con referencias cruzadas entre sus distintos nodos: «los nodos se asocian entre sí a través de una intrincada red de anclajes que permiten al usuario ir de un nodo a otro, permitiendo además establecer diferentes tipos de enlaces: *externos* (si origen y destino están en nodos diferentes) o *internos* (si origen y destino están en un mismo nodo); *unirrelacionales* (si origen y destino son únicos) o *multirrelacionales* (si enlazan varios orígenes y destinos); *unidireccionales* (si sólo es posible ir de origen a destino) o *bidireccionales* (cuando la navegación es reversible, pudiendo ir de origen a destino y viceversa)» [Vouillamoz, 2000: 41-42].

con esa confluencia espontánea de los planteamientos de la teoría literaria y el hipertexto electrónico, «anunciando una nueva escritura abierta, plural, inacabada y no secuencial o multiseccional, de manera que el hipertexto podría definirse como “la convergencia entre las concepciones posestructuralistas de la textualidad y su encarnación electrónica”» [Fidalgo, 2000: 433]. Percibiendo el modelo textual de red a las obras de autores como Barthes, Bajtín, Foucault y Derrida, la autora convierte este último en el más determinante a la hora de valorar los efectos de las nuevas tecnologías digitales en la destrucción del modelo lineal como paradigma cultural dominante de la modernidad. Se trata, en definitiva, de esa reivindicación de la multidimensionalidad del pensamiento humano que vimos concretada en la crítica derridiana del logocentrismo de la presencia y la consecuente propuesta del libre y espontáneo juego de la “diferancia”. Es necesario, por tanto, destacar que «conceptos como el de intertextualidad o polifonía, así como la escritura orientada hacia un lector fundamentalmente creativo, se hacen explícitos en el hipertexto electrónico, de manera que todo el proceso de la semiosis literaria (el autor, el texto, su recepción y difusión) sufre un complejo cambio» [Fidalgo, 2000: 434]. De modo que, en coherencia con los nuevos postulados de esa pluridisciplina en la que se ha erigido el análisis del discurso, la hipertextualidad no sólo ha de ser puesta en relación con la polifonía y la dialogía bajtinianas<sup>542</sup>, con las prácticas discursivas foucaultianas, con el sistema rizomático deleuzeano, con los juegos del lenguaje wittgensteinianos y lyotardianos, con los actos de habla austinianos, o con la aludida “diferancia” derridiana, sino con cualquier planteamiento transdiscursivo y pragmático-comunicacional que ponga el acento en la multiplicidad de voces, desplazamientos y estratos de sentido que constituye la complejidad de lo dicho, lo pensado y lo sentido.

Desde sus implicaciones directamente temporales, la hipertextualidad, con todas las consecuencias que conlleva en una nueva concepción de la creación literaria, puede constituir, pues, la base de una nueva “poética del devenir”. Ésta es identificada por Jesús García Jiménez con la hipermedia como «producto cualitativo que no tiene un principio y un fin prefijados, sino un conjunto alternativo de inicios y finales. Por eso cada conjunto de decisiones concretas responde a las reglas de una Poética virtual» [García Jiménez, 1998: 261]. Esta poética del devenir se resuelve mediante un triple régimen de competencia narrativa que, en mi opinión, viene a corresponderse con la circularidad productiva del proceso mimético-narrativo, esto es, con la actividad mediadora de los

---

<sup>542</sup> Del mismo modo que lo hace Fidalgo, Ana Calvo detecta una directa conexión entre el hipertexto y el desarrollo ruso bajtiniano debido a ese triple aspecto dialógico, polifónico y multivocal [Calvo, 2002].

procesos de prefiguración, configuración y reconfiguración del mundo de la acción y de la propia experiencia temporal estudiada por Paul Ricoeur. Esas tres fases creativas del proceso de construcción dialógica del relato, que personalmente relacionaría con la sucesión recursiva de la “mimesis I”, “mimesis II” y “mimesis III” de *Tiempo y narración* [Ricoeur, 2000; 1995; 1996], son las siguientes: 1. El “relato virtual” como propuesta de disyuntivas previa al despliegue de la competencia narrativa del lectoautor. 2. El “relato actualizado” «es, en cambio, el resultante de la adquisición de la competencia narrativa del lector que sella su contrato con el autor para compartir el programa narrativo. Consiste, por parte del “lectoautor” en la elección de una entre las diversas alternativas posibles» [García Jiménez, 1998: 261]. 3. El “relato realizado” es ya el resultado específico final de la aplicación concreta de sus competencias narrativas por parte del lectoautor. Representa, así, el momento culminante de la integración re-interpretativa y re-configuradora que el receptor realiza más allá de ese “fuera-de-texto”, allí donde se produce la intersección entre los mundos posibles del “hipertexto” y el mundo real del propio receptor.

Tratando de extraer algunas conclusiones, esta especie de recreación electrónica digital de las etapas que conjugan el triple proceso de producción, estructuración y comprensión del discurso, una vez que cristaliza en nociones como la de “hipernovela”, revela un impacto importante de la tecnología informática en el desarrollo informacional y postmoderno de la literatura<sup>543</sup>. En relación con ello, Vouillamoz estima la necesidad de una reflexión crítica en torno a los siguientes aspectos: la transformación del producto literario en su conversión a formato hipermedia; los cambios en los repertorios literarios en cuanto a estilos, temas, géneros, etc.; evolución del concepto de consumidor en cuanto al rol representado por el lector y el desarrollo de nuevas prácticas de recepción; cambios en la noción de productor en relación con las modificaciones en los procesos creativos, en la figura del autor y en los modelos productivos; y evolución de la estructura institucional y de las conductas de mercado. En síntesis, en lo referente al producto, la aplicación de las nuevas herramientas hipermedia comporta el desarrollo de una nueva capacidad retórica. En lo que atañe al consumidor, la literatura electrónica supone una nueva pragmática de la lectura, que afecta tanto al desarrollo de nuevos códigos de recepción -ligados a la

---

<sup>543</sup> De acuerdo con García Jiménez, *Rayuela* de Cortázar constituye un auténtico “libro de libros”. Esto le convierte en un auténtico adelantado de la hipernovela, concepto equivalente al de “Metanovel” acuñado por J. Meehan, al de “Interactive Fiction” establecido por Niesz y Holland, y al de “Compunovel”, término utilizado por diversos estudiosos del tema. Esta aplicación del modelo de red informática a la creación literaria se materializa en el hecho de que «Cortázar no impone a su lector una identidad concreta, ni una lectura concreta. Aunque se abre con un “tablero de dirección”, el autor trata con ello de despistar a su cliente. La realidad es que puede leerla como le venga en gana» [García Jiménez, 1998: 247].



traslación de sensaciones físicas y la modificación de los esquemas cognitivos- como al nuevo rol asumido por el lector en su progresiva aproximación a la figura del autor dentro de contexto de la propia interactividad. Por último, «*en cuanto al productor, la hipermedia proporciona modelos de creación que suponen no sólo la traducción directa del pensamiento a la escritura, sino también la incorporación de toda una retórica audiovisual*» [Vouillamoz, 2000: 130].

Todo ello sugiere, en mi opinión, la urgente evaluación crítica de ese fenómeno que corre paralelo al desenvolvimiento de esta nueva narrativa hipertextual. Hablo de la nueva relación entre lo real y lo virtual a través del concepto de “realidad virtual”, entendida ésta no sólo como mera representación o simulación de lo real, sino como «un modelo de construcción por el que podemos interaccionar en un nuevo espacio construido» [García García, 1998: 273]. Lejos de poderse pensar en la presunta contradicción en términos que pudiera advertirse en el concepto, aquí lo real como existente, frente a lo virtual como existencia ausente, no se considera en sí en cuanto potencia, sino en cuanto acto, es decir, en cuanto realización de lo posible. La tarea simuladora a la que se encomienda, por tanto, el nuevo universo informático constituye, bajo mi punto de vista, no tanto una auténtica novedad antro-po-socio-cultural como una culminación tecnológica, con los peligros que ello lleva consigo, de la intencionalidad imaginaria que da vida a cualquier tipo de actividad literaria como intento de redescrición del mundo, como representación de modelos mentales que tratan de guardar cierto grado de disidencia con respecto a los referentes de la existencia real. Presuponiendo, en consecuencia, la variabilidad permanente del acto co-creador de la lectura, Francisco García no reduce la relevancia de la realidad virtual -en tanto entramado de representaciones- a su aspecto meramente representativo y constructivo, sino, sobre todo, al acto realizativo e intencional de la lectura.

Lo decisivo, en todo caso, es el modo en que asumamos la naturaleza referencial de esta nueva forma de narratividad virtual interactiva, es decir, la forma en que las realizaciones virtuales modalizan el mundo real que toman como referencia<sup>544</sup>.

---

<sup>544</sup> «La realidad virtual es referencial porque la representación de los mundos expresados toma un modelo que simula una realidad factual o ficcional, pero que en cualquiera de los casos no puede eludir las formas de la referencia. Su referencia podría o fundarse en la analogía con las figuras del mundo natural cuya referencialización sería externa en cuanto que quedaría definida por la relación intersemiótica de las figuras del discurso (realidad virtual) con las figuras construidas del mundo natural, o remitirse a sus propias figuras del discurso a través de la referencia interna. La realidad virtual puede, a través de su referencia interna, asegurar la continuidad de sus representaciones figurativas y dar la impresión de realidad» [García García, 1998: 280].

Regresamos, por consiguiente, al tema baudrillardiano de la omnipresencia hiperreal del signo. Aspecto que creo interesante desde la reflexión necesaria sobre las nuevas formas de configuración temporal que pueden derivarse de la aplicación de la hipertextualidad en la complementariedad entre el relato de ficción y el discurso histórico e historiográfico<sup>545</sup>. Como señala García García, la realidad virtual en su calidad de simulación de factura digital puede ajustarse tanto al referente que puede borrar el límite de lo textual hasta provocar la pérdida del sujeto en el espejo: «la realidad virtual se puede situar en el punto de vista de la figuración más realista decididamente lanzada a confundirse con lo real, a sustituirlo, por ejemplo, a través de la telepresencia» [García García, 1998: 281]. Fenómeno que, como ya se ha señalado, afecta a cualquier tipo de construcción social de la realidad, con independencia del carácter real o ficticio de sus referentes extradiscursivos.

Para Ana Calvo, la “nueva cultura de la comunicación hipertextual” ofrece una serie de ventajas excepcionales en los terrenos epistemológico y educativo al romper con los saberes acabados, cerrados y definitivos, con los programas rígidos, y con las normas preconcebidas. Estando en la raíz de un nuevo marco psíquico proclive al desarrollo libre, plural y dinámico del individuo, la práctica de lectura facilitada por el hipertexto posibilita una construcción y reconstrucción autónoma del conocimiento propio [Calvo, 2002]. Podríamos decir, entonces, que la nueva hipertextualidad –desde sus anclajes virtuales– puede ser un nuevo acicate en la conformación constituyente, trans-subjetiva y transcultural del sí mismo en el marco de la temporalidad-proyecto multidireccional que contribuye a organizar. La elaboración hipertextual de un pensamiento no-lineal marca la correlación entre el nuevo desarrollo tecnológico y la disolución postmetafísica de la linealidad temporal modeladora de la idea moderna de progreso.

El texto red es la base, en resumen, del desarrollo del nuevo espacio-tiempo red vinculado a la circulación a la velocidad absoluta de la luz de los flujos electromagnéticos del nuevo entorno cibernético. Sin embargo, siendo fiel a mi actitud deconstructiva de los poderes que pueden ocultarse tras dichas promesas “emancipadoras”, convengo con Fidalgo en la necesidad de apuntar los peligros que encierra la construcción hipertextual. Citando a Coover, argumenta que «la extrema libertad tanto del escritor como del lector de

---

<sup>545</sup> En ese sentido puede resultar útil la distinción que, en el marco de la semántica de los mundos posibles, propone Tomás Albadalejo entre tres modelos de mundo. El primero, en lo concerniente al texto histórico y periodístico, responde a reglas propias de la realidad efectiva. El segundo, referido a la verosimilitud de lo ficticio, no responde a reglas de la realidad efectiva, pero mantiene con las mismas cierta relación de semejanza o analogía. El tercero corresponde a un mundo que no posee ningún tipo de relación con las instrucciones de la realidad efectiva, aunque éstas sólo sean de semejanza. Citado en García García, 1998.

dirigir la historia en la dirección que quieran, así como la ausencia de estructura ponen en guardia ante la “naturaleza posiblemente reductora de la ficción interactiva”, que puede dar como resultado “una especie de lírica estática y con poca carga”» [Fidalgo, 2000: 438]. Es ahí donde sitúa ese ansia de escapar del dominio del tiempo que refleja el desarrollo multisequencial del texto, esa búsqueda de la instantaneidad yuxtapuesta, de la fragmentariedad y heterogeneidad extrema de toda experiencia, que puede desembocar en la pérdida absoluta del grado necesario de continuidad temporal desde el que la propia identidad, el autorreconocimiento comprensivo, sólo es posible, por muy plural, abierto y provisional que consideremos éste<sup>546</sup>.

Lo determinante es, en definitiva, que el desarrollo de la hipermedia y de los entornos virtuales significa una alteración muy importante de la percepción espacio-temporal, y con ello de la relación del individuo consigo mismo, con los demás y con el mundo. En ese tránsito del “espacio de la mirada” al “espacio del comportamiento interactivo”, «la percepción de la totalidad se halla obligatoriamente fragmentada en el tiempo. En el discurso hipermedia se da una ruptura del espacio/tiempo tradicional. La fragmentación se alía con el *hic et nunc* del lectoautor. Ha desaparecido por completo el *aspecto* narrativo, que, como decía Todorov, consiste en el hecho de percibir, no sólo el relato, sino también la percepción que el propio narrador tiene de lo narrado» [García Jiménez, 1998: 254]. En esa “siesta de la conciencia”, y en ese declinar, quizá, de la existencia misma, a los que remite Paul Virilio en su *Estética de la desaparición*, lo que parece estar en juego es una auténtica manipulación tecnológica de la memoria y de la mirada por la vía de la construcción de prótesis activas de la inteligencia. Y es que «la idea dominante es cuestionar la incomunicación de los sentidos en un plano general y, principalmente, entre los individuos para obtener un *efecto sensorial de masas*» [Virilio, 1998: 47]. Se trata, por tanto, del avance de nuevos poderes mediante el establecimiento de una transparencia de las conciencias a través de la integración global de las sensaciones; estrategia que ya no se hace cargo tanto de nuestra voluntad o psicología como de nuestra propia duración, de nuestras ideas causales, en fin, de «la esencia misma de nuestra personalidad» [Virilio, 1998: 47].

Sigamos, pues, analizando la forma en que las nuevas tecnologías sirven de modelo de experiencias y procesos no sólo psico-sociales, sino también socio-económicos,

---

<sup>546</sup> En concreto, cita a Francisco Umbral, el cual definiría «como “visión existencial y desargumentada” la idea de que “la vida no es una sinfonía, un continuum con revés de sueño, una obra continuada, sino la pura fragmentariedad, un añadido de días, un zurcido del tiempo al tiempo”» [Fidalgo, 2000: 439].

políticos y culturales, que, estando ya en marcha, han encontrado en el paradigma teleinformático de la redes su mejor vehículo de canalización. Ello, por supuesto, sin caer en la subyugante retórica del “impacto” y de la “invasión”; únicamente con el objeto de desentrañar, aunque tan sólo sea en parte, los nuevos esquemas de funcionamiento sistémico-relacional del poder.

## **2.2. La descomposición relacional de las estructuras económico-sociales**

Desde esta nueva experiencia espacio-temporal se impone una nueva morfología social de naturaleza relacional, para cuya descripción el lenguaje sistémico-cibernético propuesto en este trabajo será un instrumento válido. He argumentado que esto no sólo es congruente con el pensamiento postmodernista, sino también con el modo en que operan las tecnologías de la información a la hora de imponer su propia lógica de funcionamiento al complejo entramado socio-económico, político y cultural. De esta manera, la arquitectura flexible, dinámica e inmaterial de las redes ofrece el soporte material sobre el que se desarrollan los nuevos procesos sociales. La organización en redes supone un nuevo campo de posibilidades de acción comunicacional en el terreno de la reproducción material de la existencia, de las relaciones de poder y de la aprehensión simbólica de dichas prácticas. Constituye en sí una lógica global desde la que se canaliza el enfrentamiento dinámico entre los distintos intereses que entran en juego.

Todo ello entraña un nuevo planteamiento del problema de la relación entre estructura y acción, entre sistema e individuo. Una vez perdida la función referencial de una identidad ahora descentrada, lo que impide una definición de las diferencias con respecto a aquella, la noción de estructura deja de ser operativa como categoría de análisis socio-histórico. La nueva “sociedad de la información” no se presenta como una estructura jerárquica de instancias y subsistemas de acción reducibles a un esquema de relaciones predeterminadas. En esta sociedad, la relación precede a la posición. En este nuevo ámbito social, los sujetos no ocupan posiciones fijas y objetivas de acuerdo con el marco previamente dado de las instituciones económicas, políticas y culturales. Todo se resuelve en un complejo mecanismo de articulación interactiva y transitoria de prácticas discursivas desde las que las posiciones relativas de los agentes sociales están constantemente determinadas por la reciprocidad de las diversas y cambiantes relaciones que las van redefiniendo de manera continua. La situación siempre provisional de los sujetos sólo se precisa en relación con las restantes situaciones. Como dicen Laclau y Mouffe: «las

relaciones, como conjunto estructural sistemático, no logran absorber a las identidades; pero como las identidades son puramente relacionales, ésta no es sino otra forma de decir que no hay identidad que logre constituirse plenamente. En tal caso, todo discurso de la fijación pasa a ser metafórico: la literalidad es, en realidad, la primera de las metáforas»<sup>547</sup>.

Este prisma de la inestabilidad constitutiva de las identidades sociales, del carácter práctico y dinámico de las experiencias sociales concretas situadas entre las determinaciones objetivas del entorno y la propia acción subjetiva significada simbólicamente, encaja en esa noción de “sociedad red” aportada por Castells, como ya he mostrado. Esta nueva sociedad está articulada por un sistema múltiple de redes de diversa naturaleza. Como conjuntos de nodos interconectados, «las redes son estructuras abiertas, capaces de expandirse sin límites, integrando nuevos nodos mientras puedan comunicarse entre sí, es decir, siempre que compartan los mismos códigos de comunicación (por ejemplo, valores o metas de actuación). Una estructura social que se base en las redes es un sistema muy dinámico y abierto, susceptible de innovarse sin amenazar su equilibrio» [Castells, 1997: 507]<sup>548</sup>. Entiéndase esto, por tanto, como una aplicación al terreno del análisis sociológico del principio de multiplicidad ligado al plan de consistencia rizomático, antes estudiado [Deleuze y Guattari, 2000].

### **2.2.1. La inmaterialidad especulativa del nuevo infocapitalismo global**

Teniendo en cuenta las reflexiones ya introducidas en la primera parte de mi investigación sobre la evolución actual del capitalismo tardío, me limitaré tan sólo a insistir aquí en la necesidad de la aplicación del paradigma de red al funcionamiento de esa economía globalizada, cuyos efectos perversos ya he venido discutiendo. En la medida en que se adaptan a la perspectiva trastornadora de la experiencia del tiempo y del espacio,

---

<sup>547</sup> Citado en Caínzos, 1989: 51.

<sup>548</sup> Castells ofrece multitud de ejemplos del modo en que facetas muy diversas de la actividad social se organizan en forma de redes según el doble principio de inclusión y exclusión de las mismas, que responde al desarrollo y control de las tecnologías de la información en tiempo real: «son los mercados de la bolsa y sus centros auxiliares de servicios avanzados en la red de los flujos financieros globales. Son los consejos nacionales de ministros y los comisarios europeos en la red política que gobierna la Unión Europea. Son los campos de coca y amapola, los laboratorios clandestinos, las pistas de aterrizaje secretas, las bandas callejeras y las instituciones financieras de blanqueo de dinero en la red del tráfico de drogas que penetra en economías, sociedades y Estados de todo el mundo. Son los canales de televisión, los estudios de filmación, los entornos de diseño informático, los periodistas de los informativos y los aparatos móviles que generan, transmiten y reciben señales en la red global de los nuevos medios que constituyen la base de la expresión cultural y la opinión pública en la era de la información» [Castells, 1997: 506].

las redes constituyen la infraestructura material básica de las nuevas directrices de una economía regida por los siguientes principios: la creciente terciarización del sistema productivo, sobre todo en lo que respecta al desarrollo de la tecnología punta y la difusión global de los medios de comunicación social; el ciclo constante de tecnología y conocimiento; el carácter intangible de las nuevas formas de valor-conocimiento; la innovación constante; la desmasificación y especialización de la producción; la dispersión funcional del proceso productivo a escala planetaria; la mundialización desregulada de los mercados de capitales; la aceleración constante de las operaciones y las transacciones; la integración compleja de sistemas; la adaptabilidad, flexibilidad e intercambiabilidad del trabajo, etc.

La transnacionalización de la economía que esto lleva consigo cristaliza en el desarrollo de un nuevo espacio productivo global constituido por la integración en tiempo real de multitud de centros con funciones específicas de investigación, administración, gestión, producción, marketing, distribución y comercialización, espacialmente alejados por distancias de miles de kilómetros [Otero, 1998]. Nos enfrentamos al surgimiento de lo que el citado Castells denomina “empresa-red”. Ésta, transformando las señales informativas en bienes a través del procesamiento del conocimiento como fuente principal de riqueza, consiste en un modelo de organización horizontal y concentración descentralizada que permite la relativa autonomía, y la competencia entre las distintas unidades sujetas, a la vez, a una disciplina común. Se trata de un modelo empresarial en la que la modificación constante de sus objetivos moldea continuamente la estructura de su sistema de recursos. En la “empresa-red”, los sistemas de medios están integrados por la confluencia de segmentos autodeterminados de sistemas de fines<sup>549</sup>. Es necesario, así, discernir entre, de un lado, la dependencia de las empresas multinacionales con respecto a sus bases nacionales, y de otro, el hecho de que su integración sistémica en forma de redes trascienda las fronteras, las identidades locales y los intereses de los estados nacionales. Como también señala Castells, «a medida que el proceso de globalización progresa, las formas organizativas evolucionan de las *empresas multinacionales* a las *redes internacionales*, pasando por encima de las denominadas “transnacionales” que pertenecen más al mundo de la representación mítica (o una imagen interesada de los consejeros de

---

<sup>549</sup> La eficacia de la red queda así determinada por dos principios elementales: la “capacidad de conexión” fluida entre sus componentes autónomos y su “consistencia”, es decir, el grado de identificación de intereses entre los objetivos de la red y de sus elementos [Castells, 1997].

dirección) que a las realidades limitadas por las instituciones de la economía mundial» [Castells, 1997: 220].

Así, frente a las dudas propuestas por diversos autores acerca de la especificidad histórica de este fenómeno, parecen existir suficientes indicios como para poder confirmar un auténtico cambio cualitativo en el desarrollo mundial de la lógica del capitalismo. En esta línea, que coincide con numerosos autores entre los que también cuentan Manuel Castells e Ignacio Ramonet, Marta Harnecker insiste en la perspectiva mundializadora de la forma capitalista de explotación, que tiene su novedad principal en el funcionamiento del capital como unidad en tiempo real a escala planetaria, favorecido por las nuevas infraestructuras de las tecnologías de la información y de la comunicación, así como por las nuevas condiciones institucionales que permiten el libre movimiento de capitales al margen del control de los gobiernos nacionales y de los intereses sociales en general [Harnecker, 2000]. Esta conversión del planeta en unidad operativa única remite, pues, a lo que Otero Carvajal describe como el paso de una “economía-mundo”, articulada a través de los intercambios establecidos entre las economías nacionales, a una “economía-mundo globalizada”, donde los mercados globales dominan todo el proceso reduciendo los márgenes de actuación de las esferas nacionales, tanto en lo respectivo al diseño de las políticas económicas como en lo referente al comportamiento y estrategias de los agentes económicos y sociales [Otero, 1998]<sup>550</sup>.

La gran novedad consiste, por tanto, en los nuevos modos de acumulación de capital y de creación de la riqueza en el seno de los mercados globales de capital realizados sobre la base material del “espacio de los flujos”. La actividad económica “real” basada en la producción masiva de bienes y servicios tangibles, susceptibles de satisfacer necesidades humanas individuales y colectivas, cede el protagonismo a la dimensión especulativa de la autorreproducción del capital sin contrapartida material. Esta economía puramente especulativa, cuyos agentes principales son las instituciones financieras, la banca, las grandes corporaciones y los fondos privados de pensiones, se realiza en el marco de lo que

---

<sup>550</sup> Otero Carvajal ofrece dos ejemplos ilustrativos de este proceso de transnacionalización de la economía. Por un lado, la incapacidad de la Unión europea para establecer sus estrategias económicas al margen de las perspectivas de los mercados globales. Ello se puso de manifiesto en la crisis del “Sistema Monetario Europeo” de 1992 propiciada por grandes movimientos especulativos financieros que provocaron la salida de la libra y la lira, y el realineamiento de las paridades. Esta clara dependencia de las economías nacionales y regionales con respecto a los flujos internacionales de capital también queda reflejada en la pérdida de la capacidad negociadora de las organizaciones sindicales, al ser desbordadas por unas expectativas globales de mercado que inciden negativamente en las nuevas condiciones del mercado laboral en lo relativo al empleo, modalidades de contratación, salarios, etc. [Otero, 1998].

Castells denomina el “casino global”. Éste, gestionado electrónicamente, constituye el gran destino de los beneficios extraídos de la inversión productiva dentro de un ciclo continuo de reproducción de dichos beneficios, dejando a su merced el destino de las empresas, de los ahorros de las familias, de las divisas nacionales y de las economías locales: «el resultado neto suma cero: los perdedores pagan a los ganadores» [Castells, 1997: 508]. Estamos, en fin, ante una economía virtual, irreal, si se quiere, en la que la información-capital se constituye simultáneamente como factor productivo y mercancía, como principio y fin de una actividad económica dominante esencialmente no-solidaria con la mayor parte de las necesidades mundiales<sup>551</sup>.

Marta Harnecker, defendiendo que lo definitorio de esta nueva fase de mundialización del capitalismo es la expansión absoluta de los mercados financieros internacionales, argumenta: «el estancamiento económico y la disminución de la tasa de ganancia de los setenta lleva a los capitales a desplazarse a la esfera especulativa, donde aseguran una tasa de ganancia mayor» [Harnecker, 2000: 135-136]. Apoyándose en Samir Amin, señala también que el predominio de las lógicas financieras sobre la de la inversión productiva deriva de la propia crisis de acumulación del capital. En consecuencia, urge valorar críticamente lo que, en realidad, significa la acogida entusiástica por parte del “globalismo” del desarrollo de la nueva “economía del conocimiento”. Recordemos que autores como Sakaiya identificaban el advenimiento de una nueva sociedad en la crisis del paradigma económico representado por lo que denomina la “cultura petrolera de la posguerra”. Según este autor, lo que había propiciado el consumo masivo de bienes y servicios hasta los años ochenta era la disponibilidad abundante de recursos energéticos y el estímulo empático que ello suponía para la intensificación de la producción en masa de bienes y servicios para todos. Ello había representado un énfasis de la cantidad sobre la calidad del producto como rasgo determinante de una “sociedad de masas” asentada en los valores del consumo ilimitado. La crisis energética consumada en los ochenta -paralela al desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación- abre las puertas hacia los nuevos parámetros de una economía desmasificada y basada en el principio del “valor-conocimiento” [Sakaiya, 1995].

---

<sup>551</sup> Como dato que expresa la intensificación reciente del mercado global financiero y, por tanto, del carácter especulativo de esta nueva economía, Otero indica que, si en 1980 los flujos financieros mundiales realizados en las economías del “Grupo de los siete” (Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia y Canadá) significaba menos del diez por ciento de su PIB, hacia mediados de los años noventa superaban con amplitud el valor de su PIB, excepto en Japón donde representaba el 75% [Otero, 1998].



Teniendo en cuenta que esa noción de “valor-conocimiento” hace referencia, ante todo, a la conversión de las señales informativas en beneficios en la libre circulación de capitales a escala mundial, pienso que ese hecho no es sólo la causa del patente ahondamiento del desequilibrio en el reparto mundial de la riqueza, sino que es simultáneamente consecuencia del mismo. Esta nueva fase de internacionalización del capital hay que entenderla, pues, como estrategia de autoconservación ligada a las consecuencias del binomio maximización del beneficio privado/incremento de la desigualdad social. El beneficio capitalista sólo es realizable con el aumento de la demanda global efectiva de los bienes y servicios necesarios para absorber su plena capacidad productiva. Pero, a la vez, ese incremento de los beneficios sólo se cumple mediante un acrecentamiento de las desigualdades en el reparto de la riqueza, lo cual remite a la noción marxiana de “plusvalía”. Ello deriva en el inevitable descenso de esa demanda global necesaria para dicha autorreproducción del capital. El nuevo impulso que cobró el sistema hacia el último tercio del siglo XIX, después de la primera fase del “capitalismo industrial”, sólo fue posible en tanto se produjo la ampliación de un nuevo espacio colonial que permitiese la apertura de nuevos mercados y la canalización del capital excedentario paralizado en las fronteras de las desigualdades sociales engendradas en los estados nacionales europeos. La expansión imperialista fue el elemento clave en esa especie de mecanismo inmunológico que superó las expectativas marxistas de la maduración de las contradicciones desde las que tendría lugar la propia autodisolución dialéctica del sistema.

Actualmente, en el contexto de la profunda desigualdad generada a escala planetaria tras la expansión del capitalismo a lo largo del siglo XX, la lógica de la implantación universal del mercado ya no encuentra respuesta ante el consecuente descenso de la demanda mundial de bienes y servicios capaces de paliar las carencias humanas. Por eso, la nueva mundialización del capitalismo no se realiza ya tanto en el terreno de la productividad material como en el de la mera especulación financiera. El capitalismo no parece ya realizable en el marco de la territorialidad y del tiempo irreversible y, así, se lanza a la nueva colonización del espacio inmaterial de los flujos que operan en el tiempo absoluto de las transmisiones electrónicas de las redes. Éste es el sentido, al menos bajo mi punto de vista, de la conclusión a la que llega Harnecker cuando sostiene que «el aumento de excedentes de capital que no pueden encontrar salida en la expansión del sistema productivo debido a la estructura de la distribución de los ingresos marcada por una creciente desigualdad, amenaza al capital con su desvalorización» [Harnecker, 2000: 137].

De ahí, esa nueva estrategia que se apoya en el principio de una exclusión global de magnitudes hasta ahora desconocidas en la historia. El capitalismo informacional se basta por sí mismo, prescinde del marco social en el que se ha desarrollado hasta ahora. En resumen, desde la absoluta desreglamentación de su propia actividad, las prácticas agresivas y radicalmente insolidarias del nuevo capitalismo de redes «no reconocen fronteras ni Estados, ni culturas. Se burlan de las soberanías nacionales. Indiferentes a las consecuencias sociales, especulan contra las monedas, provocan recesiones y adoctrinan a los gobiernos» [Ramonet, 1997b: 91]<sup>552</sup>.

### **2.2.2. La heterogeneidad holográfica de las “bases sociales”**

Desde el punto de vista de la diferenciación de los grupos sociales, la organización en, red se resuelve en una lógica de fragmentación e individualización, que no sólo responde a los nuevos parámetros especulativos de la actividad económica, sino a la crisis general de la conciencia de clase derivada del fracaso de los grandes relatos emancipadores y de las estrategias globales revolucionarias unidas a ellos. Del mismo modo, también es expresión de la influencia antimediatra y neutralizadora de cualquier tipo de acción colectiva reflexiva propiciada por la ubicuidad absoluta de los flujos informativos. La morfología reticular de esta nueva sociedad parece entrañar el fin del concepto estructural de clases. La atomización creciente de la sociedad, en relación con la doble segmentación del sistema productivo y del mercado ya estudiada, no permite pensar las clases sociales como grupos más o menos cohesionados cuya posición objetiva responda a unos intereses objetivos con respecto a los medios de reproducción material objetiva de la vida. Esto marca la circunstancialidad y el carácter no-predeterminado de unas relaciones sociales que, no sujetas a una racionalidad de orden superior, se redefinen permanentemente desde la naturaleza dinámica y voluble de la experiencia social de los individuos. La interioridad, la naturaleza discursiva de las prácticas sociales, corresponde a un juego dinámico de alianzas y enfrentamientos variables, de alineamientos y desagrupaciones ocasionales, fruto de los distintos modos en que las diferentes superficies de subjetividad encajan y pliegan las condiciones concretas en las que se desenvuelven. La inestabilidad y fragmentación de los grupos sociales responde a su definición en referencia y oposición a

---

<sup>552</sup> Para una definición de las prácticas abusivas de las grandes corporaciones multinacionales al margen de los intereses de las empresas y colectividades nacionales, así como de la propia lógica democrática y del interés general, ver Ramonet, 2001. Recuérdense los datos aportados en la primera parte de mi estudio sobre las nuevas desigualdades no sólo generadas en los países en vías de desarrollo, sino en el seno de grandes potencias mundiales como Estados Unidos e Inglaterra.

los distintos intereses que surgen de la relación. Ésta precede a la posición, y la provisionalidad de esta última radica, a su vez, en el modo en que los distintos individuos dotan de significado, traducen a patrones simbólicos su propia experiencia cambiante. Este desplazamiento continuo de las identidades de los intereses conjuntos, esta reorganización permanente de la figura del aliado y del enemigo, deviene, en definitiva, en el predominio de lo individual frente a lo colectivo que, como ya se señaló, forma parte de las nuevas estrategias de control y de neutralización de la acción social conectadas a las prácticas dominantes realizadas en los flujos inmateriales y atemporales de las redes.

Esta perspectiva relacional de lo social parece encajar perfectamente en el enfoque interpretativo-comprensivo del marxismo propuesto por el ya citado E. P. Thompson. En ese sentido, es muy ilustrativa la propia noción de clase social en la que basa su análisis histórico: «clase es una *formación [formation] social y cultural* (que a menudo consigue una expresión institucional) que no se puede definir abstractamente o aislada, sino sólo en términos de su relación con otras clases; y, por último, sólo se puede definir la clase a través del tiempo, es decir, a través de los procesos de acción y reacción, cambio y conflicto. Cuando hablamos de una clase pensamos en un *cuerpo definido muy sueltamente*, un cuerpo de personas [...], que tienen una disposición a comportarse como una clase definiéndose a sí mismos en sus acciones y en su conciencia en relación con otros grupos de personas. Pero la clase como tal no es una cosa sino un *acontecer [happening]*...[que consiste en] este proceso por el cual una clase se descubre y se define a sí misma»<sup>553</sup>. Esta concepción agencial y no estructural de las clases sociales parece, pues, coherente con otras nociones que, surgidas también en el seno de una tradición postmarxista hermenéutica, nos ilustran sobre la naturaleza político-cultural con la que conviene hoy afrontar el análisis crítico de las diferencias sociales. Me refiero, de entrada, a la categoría de “hegemonía” que, teniendo su origen en la obra de Gramsci, ha cristalizado, fundamentalmente, en esa nueva lectura postmoderna y hermenéutica del materialismo histórico que representan los trabajos de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe; en especial, su obra conjunta *Hegemonía y estrategia socialista* [Laclau y Mouffe, 1987].

La obra de Antonio Gramsci supuso una renovación del marxismo siguiendo la labor althusseriana de superación del determinismo y reduccionismo economicista, lo que

---

<sup>553</sup> Citado en Caínzos, 1989: 24. Lo contenido entre corchetes se corresponde, naturalmente, con el propio texto de Caínzos. La referencia pertenece a la mencionada *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra* [Thompson, 1989b]. Ya hablé en una ocasión anterior lo que representa este autor como ejemplo de una fructífera orientación interpretativa-comprensiva, es decir, hermenéutica, del materialismo histórico británico renovado [Thompson, 1981].

convertía la lucha político-ideológica en un enfrentamiento entre identidades culturales en construcción. Es ahí donde acuña la noción de “hegemonía” para poner de relieve los distintos niveles de la tensión permanente entre violencia y resistencia, de una parte, y consenso y normalización, de otra, que configuran dinámicamente las formaciones sociales históricas [Gramsci, 1986]<sup>554</sup>. Creo que es mucho lo que un concepto como éste puede contribuir en el esclarecimiento de la naturaleza relacional y panóptica del poder que terminaré de perfilar en mi trabajo. Para empezar, esta noción de hegemonía enlaza directamente con esa dimensión trans-clasista que define a la sociedad informacional. Pensemos tan sólo que, holográficamente –esta vez lo argumentaré con ayuda de Pablo Navarro-, «lo social no es una referencia objetiva *inter-puesta* entre nuestras subjetividades individuales (no es una realidad inter-subjetiva en ese sentido); es más bien una realidad *trans-subjetiva*, que opera en la conciencia individual. Mejor, lo social es *la realidad misma de la transubjetividad*, de la nidificación de unas subjetividades en otras, nidificación en la que cada una de esas realidades acarrea su propia forma de objetividad» [Navarro, 1994: 302]<sup>555</sup>. A cambio de la noción objetivista y estructural de “clase”, quizá convenga asumir la más imprecisa e indeterminada idea de “bases sociales”. Este concepto -complementario al de hegemonía- intenta ser una superación de la óptica estructural-dialéctica de las condiciones de equilibrio de un sistema social, es decir, del modo en que un modelo de relaciones sociales se reproduce. Si la noción de “clase” remite a la oposición fija y objetiva entre un “estrato dominante” y un “estrato dominado”, fuertemente cohesionados ambos en torno a valores culturales que traducen unos intereses específicos con respecto a los medios de reproducción material de la vida, la categoría de “bases sociales” se ajusta más a la heterogeneidad, inestabilidad y transversalidad intrínsecas de los grupos sociales. La misma noción de “hegemonía” cristaliza en un esquema más complejo de regulación negociada de las contradicciones del sistema a partir de la dirección político-cultural y moral ejercida por las bases sociales preponderantes.

---

<sup>554</sup> Para un acercamiento crítico a las consecuencias epistemológicas y prácticas de esta perspectiva y, en especial, al modo en que aflora en la obra de E.P. Thompson, de un lado, y de Laclau y Mouffe, de otro, ver el artículo ya citado de Miguel A. Caínzos [Caínzos, 1989].

<sup>555</sup> Desde un punto de vista no objetivista de la acción humana, es decir, entendiendo ésta como “agencia”, «como *la realidad que el agente hace* (constituye)» [Navarro, 1994: 175] –piénsese en los agenciamientos rizomáticos para comprender esto- Pablo Navarro ha intentado nada más y nada menos que la elaboración de una ontología de la realidad social desde presupuestos hologramáticos. La aplicación del principio de organización holográfico, que como ya se ha estudiado, dota a lo social de una cualidad descosificadora esencialmente emergente, permite a este autor dar nuevos pasos en el aprovechamiento sociológico del paradigma de la complejidad analizado en mi trabajo.

En la práctica, este término de “bases sociales” apenas dista de la concepción thompiana de “clase social” tal y como se ha definido más arriba, es decir, como proceso continuo de construcción de una identidad inestable a partir de la traducción en clave cultural de la experiencia social compartida por determinados grupos, siempre en referencia y oposición a los valores antagónicos representados por otros grupos [Caínzos, 1989]. Ello significa que más allá del enfrentamiento entre unas “bases sociales” hegemónicas y subordinadas, de un lado y de otro, este antagonismo penetra ambos grupos, formándose bloques ideológicos hegemónicos y subordinados tanto en el interior de los hegemónicos como en el de los subordinados [Pulido, 1999]. Pulido ofrece un diagrama que describe a nivel teórico las condiciones de equilibrio del sistema. La reproducción de las relaciones de dominación y subordinación al interior de cada uno de estos espacios de dominación y subordinación se resuelve, de una parte, distinguiendo entre “Bases Sociales Dominantes-Dominantes (BSD<sub>d</sub>), Bases Sociales Dominantes-Medias (BSD<sub>m</sub>), y Bases Sociales Dominantes-Subordinadas (BSD<sub>s</sub>); de otra, entre Bases Sociales Subordinadas-Dominantes (BSS<sub>d</sub>), Bases Sociales Subordinadas-Medias (BSS<sub>m</sub>), y Bases Sociales Subordinadas-Subordinadas (BSS<sub>s</sub>). Como aclara el autor, esta condición de las distintas capas conceptualmente delimitadas no es permanente, puesto que sólo opera en circunstancias espacio-temporales concretas -y para determinados efectos- debido a su carácter heterogéneo y dinámico respecto a la función que cumplen en la conformación de los sistemas culturales [Pulido, 1999]<sup>556</sup>.

Este intrincado mecanismo, que dibuja una arquitectura hologramática y fractal de lo social puede ser también aplicado a las estrategias, alianzas y enfrentamientos que operan a los distintos niveles de inter-retro-acción del sistema. Piénsese, por ejemplo, en los islotes de pobreza y riqueza que he localizado -a través de las referencias de autores como Mattelart o Ramonet en lo relativo a la nueva dispersión geográfica del desarrollo económico- a modo de creciente expansión de los “sures” en el “Norte” y de los “nortes” en el “Sur”, de forma respectiva<sup>557</sup>. Y lo mismo se podría decir en lo que atañe a la nueva

---

<sup>556</sup> Nótese que el término “dominante” es utilizado siempre en su sentido específico de “hegemonía”.

<sup>557</sup> Un ejemplo de ello se puede encontrar en el estudio realizado por Annie Chéneau-Loquay sobre los niveles diferenciales de desarrollo de las nuevas infraestructuras de las telecomunicaciones en el continente africano. Como constata la autora, ausente, en principio de los mapas de flujos informativos, África no dispone de más líneas telefónicas que Tokio o Manhattan, ni de más ordenadores que Lituania. Sin embargo, está experimentando una creciente transformación en el contexto de las telecomunicaciones donde se ponen de manifiesto, más que en otros lugares, las nuevas recomposiciones impuestas por la dinámica globalizadora. Así, alude a un paisaje informacional lleno de contrastes: «según los países, el tejido de las comunicaciones está, a diferentes escalas, más o menos polarizado o globalizado. Entre los hipercentros de

“caología” rectora de las relaciones internacionales tras la “Guerra Fría”, a tenor de la evolución surgida entre los dos grandes conflictos bélicos –sin obviar lo que ha mediado entre ellos, aludo a las dos guerras del Golfo- que han marcado el periodo 1989/90 – 2003. Conflictos en los que la composición y recomposición continua de las alianzas en torno al núcleo de irradiación estadounidense de la violencia ilegítima no ha dejado de estructurar y desestructurar alternativamente la perspectiva compleja de lo “hegemónico” frente a lo “subordinado”. En la nueva esfera histórica del capitalismo informacional, esta concepción relacional-holográfica de las diferencias sociales debe ser considerada desde la premisa de la nueva integración dinámica de las tendencias globalizadoras del capital y los procesos de localización del trabajo, planos distintos donde operan, como es evidente, perspectivas espacio-temporales diversas.

Como se ha visto, por una parte, el propio poder descentralizador de las redes permite una concentración absoluta del capital. Ello se corresponde con la inmaterialidad espacial y la reversibilidad temporal de los flujos. Por otra, la flexibilidad estructural de la “empresa red” supone la desagregación y diversificación funcional del trabajo realizado en el espacio físico y territorial de los lugares, y en el tiempo diferido distante entre la salida y el trayecto de los contactos humanos. Es ahí donde Castells sitúa la disolución de la identidad colectiva del trabajo a la que ya me he referido. Ello conlleva la individualización de las capacidades, de las condiciones laborales, y de los intereses y objetivos de los trabajadores. Las nuevas formas de explotación, al estar mediatizadas por los intereses de la reproducción electrónica del capital canalizada por las redes, radican consecuentemente en la desconexión espacio-temporal entre dicho proceso y el trabajo productivo. Éste, a pesar de su persistencia, queda relegado a un papel secundario-subordinario con respecto a esas prácticas financieras dominantes. Beck, extendiendo este fenómeno al trabajo de mayor retribución y cualificación, encuentra en ello la implantación también en el sistema laboral del “régimen del riesgo”: «esta economía política de la inseguridad se expresa en un efecto dominó: lo que en los buenos tiempos se

---

las ciudades, conectadas a la red urbana mundial, y los extremos periféricos, carentes de cualquier sistema moderno de comunicación, toda gama de configuraciones intermedias dibujan una red territorial con más o menos lagunas, que refleja el peso de las políticas públicas y las desigualdades sociales» [Chéneau-Loquay, 2002: 28]. La autora vincula, hasta cierto punto, este diferente nivel de desarrollo al papel gestor o regulador que juegue el Estado en cada país; sin embargo, en coherencia con la propia lógica desterritorializadora y desreguladora del capitalismo informacional, reconoce que «no es cierto que se mantenga una buena relación entre el Estado y las redes, por una parte porque se desarrollan sistemas ilegales de aprovisionamiento de herramientas de comunicación y, por otra, porque en la medida en que los nuevos sistemas de satélite son materialmente independientes de los Estados, éstos sólo poseen el control formal» [Chéneau-Loquay, 2002: 28].

complementaba y fortalecía mutuamente –el pleno empleo, las pensiones aseguradas, elevados ingresos fiscales, amplio margen para la política de la Administración pública- es ahora peligro mutuo. El trabajo se precariza; las bases del Estado social se resquebrajan; la trayectoria normal de las personas se fragiliza; se programa la pobreza para los jubilados del futuro; los presupuestos exangües de los municipios no pueden financiar el asalto que se produce en requerimiento de sus servicios de asistencia social» [Beck, 2002: 17].

En efecto, la desconexión entre capital especulativo y trabajo productivo, de un lado, y la desestructuración espacio-temporal-contractual del mundo laboral, de otro, ponen en duda la supuesta capacidad negociadora por parte de un “Estado benefactor” en crisis y de unas cada vez más desfiguradas organizaciones sindicales a la hora de hacer valer unos intereses socio-laborales crecientemente individualizados. Profundizar en la cuestión escapa de los objetivos que me he marcado en este estudio; pero estimo que sería necesario el desarrollo de nuevos estudios que pongan de manifiesto el auténtico papel estratégico que desempeñan hoy los “sindicatos” desde su complicidad no sólo pasiva, sino también activa, con los nuevos poderes hegemónicos. El entrecomillado sólo expresa que seguimos utilizando el significante que sirvió para designar una realidad que históricamente ha desaparecido. Esta sociedad del fin de lo social, y del consecuente fin de la idea de clases, es también el fin del fenómeno sindical en el sentido proletario - revolucionario o reivindicativo- que ha tenido hasta bien entrado el siglo XX. En mi opinión, la discusión que los sindicatos y los llamados partidos de “izquierda” protagonizan en torno a temas como el estado de bienestar o el intervencionismo estatal en materia económica forma parte de la teatralización simuladora del conflicto y la diferencia en el seno de una sociedad acomodada a un único principio organizador: el consumismo individualista e insolidario.

Esto sólo es abordable desde una definición lo más precisa posible de la nueva naturaleza relacional y panóptica que adquiere el Poder en el seno de la “sociedad de la información”, lo que obliga a definir nuevas estrategias de resistencia frente a la opacidad y eficacia que están cobrando dichas nuevas formas de dominación hegemónica. En todo caso, resulta muy difícil establecer una clara distinción entre grupos sociales concretos más allá de una lógica social envolvente que, aunque remita a ciertos principios básicos del capitalismo, complica la diferenciación objetiva entre capital y trabajo. Las exigencias de esa lógica global hegemónica desborda la capacidad de acción de los agentes sociales implicados. De hecho, para Castells no es posible ni siquiera hablar de una clase capitalista global, sino de una red integrada de capital global cuyos flujos variables

determinan la economía y la sociedad en su conjunto. Más allá de los sujetos concretos donde se encarnan los intereses y prácticas dominantes, apunta hacia una especie de “capitalista colectivo sin rostro” constituido por el conjunto de intercambios realizados a través de las transmisiones electrónicas: «esta red de redes de capital unifica y gobierna los centros específicos de acumulación capitalista, estructurando la conducta de los capitalistas en torno a su sometimiento a la red global» [Castells, 1997: 510]<sup>558</sup>.

Enzensberger también ha aludido a esa atomización derogadora del viejo concepto de conflicto de clase, a esa descomposición del principio clásico de enfrentamiento entre el trabajo y el capital, en su artículo ya citado “El evangelio digital” [Enzensberger, 2000]. Ante la falta de homogeneidad de las fracciones socialmente enfrentadas y la ausencia práctica de una conciencia de clase, este autor propone un criterio de diferenciación social sistémico-funcional, que es claramente deducible de la noción globalista neo-liberal de la “sociedad de la información”, a pesar de su distanciamiento crítico con respecto a dicho enfoque. Recurriendo a una tipificación próxima a la fábula, distingue una serie de grupos simbolizados por un “animal totémico” concreto. En la cima, sitúa al grupo de los “camaleones”, perfectamente identificables con las élites de la “tercera ola” de Toffler o el “management” de Drucker. Se trata de los nuevos trabajadores mentales -financieros, gestores, abogados, asesores, profesionales de los medios, científicos, empresarios, en suma, de “software”-, cuya adicción al trabajo va unida a la flexibilidad, la agresividad, la competitividad, la movilidad y el afán de superación como valores fundamentales. Siendo la creatividad y la imaginación su principal activo, buscan su independencia creando empresas y convirtiendo sus conocimientos en patentes. Por debajo de esta dinámica jerarquía, coloca al grupo de los “erizos” que, exentos de flexibilidad y capacidad adaptativa al movimiento informacional, encuentran refugio en las instituciones locales, regionales, nacionales, internacionales, partidos políticos y sindicatos, etc. Para el autor, el funcionariado, la burocracia, tiene garantizada su supervivencia debido a la necesidad de regulación normativa originada por la creciente complejidad social. Sin embargo, como ya se ha comprobado, el “globalismo” reserva a este sector un papel subsidiario ante la desreglamentación de la economía y descentralización política que postula. Sector que, no

---

<sup>558</sup> Más adelante, haciendo referencia a esa lógica de autorreproducción electrónica del capital al margen del proceso de producción de bienes y servicios, y fuera del control de sus propios gestores, indica: «aunque el capitalismo sigue gobernando, los capitalistas se encarnan de forma aleatoria, y las clases capitalistas se restringen a regiones concretas del mundo donde prosperan como apéndices de un torbellino poderoso que manifiesta su voluntad mediante cotizaciones y opciones de futuros en los mensajes globales de las pantallas de los ordenadores» [Castells, 1997: 510].



obstante –ello se desprende del papel desempeñado por los gobernantes a la hora de hacer valer políticamente las consignas globalistas, incluyendo la incitación al exterminio de los pueblos “no civilizados”, es decir, de la población mundial desechable desde el punto de vista consumista-, tienen mucho que ganar en los intrincados juegos de alianzas en los que participan al “interior” de esos grupos hegemónicos del capitalismo global. Habría que insistir en ello.

En un escalón inferior, se localiza el grupo de los “castores”, el de los empleados y trabajadores manuales que, víctimas de la crisis de los sectores productivos tradicionales, se encuentran gravemente amenazados por el paro laboral, o, en todo caso, por una reducción paulatina de sus ingresos paralela al aumento del esfuerzo requerido. En la práctica, para muchos de ellos, el destino es el último escalón de esta metafórica jerarquización social; nunca, debo subrayarlo, concebible objetiva y estructuralmente. Se trata de una especie de “subclase” representada por la masa creciente de marginados y excluidos del sistema. Su carácter superfluo, su incapacidad para responder a las exigencias del nuevo capitalismo electrónico, no permite su identificación con ningún animal concreto. En realidad, es el grupo más mayoritario a escala mundial, experimentando un crecimiento constante también en el seno de los países desarrollados [Enzesberger, 2000]. Es, precisamente, a las expectativas de expansión paulatina de esta masa de los nuevos “desarrapados” de la era de la información a las que responde el desarrollo de las reformas del sistema educativo que se están emprendiendo en el mundo occidental. Esa progresiva conversión del estudiante de la enseñanza secundaria en un “cretino militante”, la cual corresponde a lo que Jean-Claude Michea ha llamado *La escuela de la ignorancia*, pertenece al orden de una cuidada planificación al más alto nivel, donde la idea de la “democratización de la enseñanza”, y los postulados de los “saberes desechables” y los “hombres superfluos” conforman un cóctel semántico orwelliano que urge desentrañar. En efecto, «invocando a la vez una “democratización de la enseñanza” (una mentira absoluta) y la “adaptación necesaria al mundo moderno” (una verdad a medias), lo que se está construyendo a través de las últimas reformas educativas es la *escuela del capitalismo total*, es decir, una de las bases logísticas decisivas a partir de las que las principales compañías transnacionales –una vez acabado el proceso de reestructuración en líneas generales-, podrán dirigir con toda la eficacia deseada *la guerra económica del siglo XXI*» [Michea, 2002: 10]<sup>559</sup>. Expectativas como la de que en el siglo

---

<sup>559</sup> La cita está recogida de una parte del libro *La escuela de la ignorancia* publicada en el número 75 (enero de 2002) de la edición española de *Le Monde diplomatique*. Para ese momento, todavía no se había

XXI dos décimas partes de la población activa serán suficientes para mantener la actividad económica mundial<sup>560</sup> y el problema resultante de la gobernabilidad de esa “humanidad sobrante” -cuya inutilidad forma parte de la propia planificación neoliberal- explican la propuesta por parte de las nuevas élites del capitalismo global digital de un nuevo modelo de enseñanza que adopta denominaciones como la de “tittytainment”<sup>561</sup>.

En resumen, se trata de la propuesta de una docencia embrutecedora que, basada en la mera adquisición del lenguaje consumista de la “sociedad del espectáculo”, se encamine hacia la necesaria disolución de la lógica y de cualquier resquicio de inteligencia crítica y creadora. Este reforzamiento del discurso hegemónico de los mass media y del mundo del espectáculo permitirá la fabricación de «*consumidores de derecho* en serie, intolerantes, pleiteístas, y políticamente correctos. Por tanto, serán fácilmente manipulables al tiempo que presentarán la ventaja nada desdeñable de poder engrosar, según el modelo estadounidense, los grandes gabinetes de abogados» [Michea, 2002: 11]. En ese sentido, el autor apunta hacia una doble transformación de la escuela pública, que cualquier persona familiarizada con tal actividad podrá fácilmente reconocer, incluyendo nuestro propio país. Por un lado, la transformación del profesorado en una especie de animador entre psico-pedagógico y lúdico-festivo. ¿Hacia dónde conduce si no la nueva oferta estatal de cursos de formación del profesorado? Pues, simplemente, al abandono de su figura como portador de saberes y a su reciclaje como “experto” en “actividades de valores o transversales”, “salidas pedagógicas” y “foros de discusión”. Por otra parte, los centros de enseñanza quedan reducidos a un alegre y democrático espacio de diversión que, en nombre de un falso progresismo, cumple la función de “guardería ciudadana”. De este

---

producido la aparición de la versión castellana de la interesante obra de Jean-Claude Michea. Hoy sí esta ya disponible en la editorial Acuarela Libros.

<sup>560</sup> Según el autor, a conclusiones como ésta se llegó en encuentros de políticos, y líderes económicos y científicos de primer orden como el que tuvo lugar en septiembre de 1995 en la ciudad norteamericana de San Francisco [Michea, 2002].

<sup>561</sup> Este término, que no excluye la reserva, por otra parte, de espacios educativos exclusivistas destinados a los “polos de excelencia” es decir, a la formación de las futuras élites camaleónicas, se debe a Zbigniew Brzezinski, relevante figura del nuevo internacionalismo capitalista y antiguo secretario de la administración de Jimmy Carter. Como aclara Michea, está compuesto por la palabra “entertainment”, cuyo significado es entretenimiento, y la expresión “tits”, que en el argot estadounidense significa pechos. Para terminar de hacer el paralelismo con el “zoológico social” propuesto por Enzensberger, resulta interesante cómo Michea alude, entre los referidos “polos de excelencia” y la gran masa sobrante, pasto del “tittytainment”, a la formación técnica media. En ese sentido, reflejando el futuro nefasto que aguarda al extinguido grupo de los “castores”, menciona estimaciones de la Comisión europea como la que señalaba en 1991 que las competencias técnicas medias tan sólo tienen una vida aproximada de diez años, a la vez que el capital intelectual en este sector se deprecia en razón de un 7% por año. Una constatación más del “destino final” que parece esperar al trabajo manual en la nueva “sociedad de la información”.

modo, la escuela, al mismo tiempo que lugar de celebración de hitos importantes de la historia democrática de las naciones occidentales, quedará abierta «tanto a todos los representantes de la ciudad (militantes de asociaciones, militares jubilados, empresarios, malabaristas o faquires, etc.) como a todas las mercancías tecnológicas o culturales que las grandes marcas, convertidas en colaboradoras explícitas del “acto educativo”, juzguen adecuado vender a los distintos participantes» [Michea, 2002: 11].

Ésta parece ser, pues, la orientación que están tomando los nuevos dispositivos de poder educativos en la era de la información, el consumo, el entretenimiento y el espectáculo. En mi opinión, el fin de lo social está fraguándose, muy especialmente, en esa nueva “Disneylandia escolar” que no es más que una reproducción a escala de la gran “Disneylandia global” en que se está convirtiendo el mundo del nuevo siglo XXI. Volviendo a Castells a modo de conclusión, «las *divisiones sociales verdaderamente fundamentales de la era de la información* son: primero, la fragmentación interna de la mano de obra entre productores informacionales y trabajadores genéricos reemplazables. Segundo, la exclusión social de un segmento significativo de la sociedad compuesto por individuos desechados cuyo valor como trabajadores/consumidores se ha agotado y de cuya importancia como personas se prescinde. Y, tercero, la separación entre la lógica de mercado de las redes globales de los flujos de capital y la experiencia humana de la vida de los trabajadores» [Castells, 1998b: 380]. Parece evidente la correspondencia en otro lenguaje con el zoológico social de Enzensberger y las líneas de planificación educativa por parte de las élites del capitalismo total analizadas por Michea. El objetivo de la nueva agenda de la resistencia antinormalizadora será, por tanto, la implantación universal de ese nuevo ethos individualista consumista que amenaza con obstaculizar cualquier intento de desviación real al interior del sistema. Desde las poltronas globalistas, el mensaje es muy claro. Es posible una identificación capitalista de la lógica de la maximización del beneficio, es decir, de la eficiencia económica con una noción plausible de lo justo dentro del dinamismo intrínseco que define el «orden integrado y coherente que existe en el universo social» [Huerta de Soto, 1996-1997: 33]. Para éste “profeta” neoliberal de la “eficiencia dinámica” –anteponiendo lo justo-privado a lo justo-público-, la supuesta incompatibilidad entre ambos ideales tiene su origen en la equivocada concepción estática de la eficiencia elaborada por el paradigma neoclásico de la “economía del bienestar”, así como en la errónea idea de igualdad o “justicia social”, que postula la evaluación de los resultados del proceso social sin considerar el comportamiento individual de los integrantes del mismo. Entendámoslo bien, la abolición informacional de la conciencia del

conflicto social radica en la inculcación mediática y educativa del principio de que la “justicia social” sólo tiene sentido analítico en un “fantasmagórico mundo estático” y no en el “mundo real” en el que los procesos productivos y distributivos de la riqueza concurren simultáneamente como expresión del ardor y creatividad empresarial.

Para un autor como Huerta de Soto, la idea de “justicia social” acarrea, en suma, tres inmoralidades. La primera, su cuestionamiento del derecho a la propiedad que hizo posible el desarrollo de la civilización moderna. La segunda, la coacción sistemática que ejerce, en pos de una equitativa distribución de la renta, sobre el libre ejercicio de la iniciativa empresarial como fuente esencial de desarrollo de la civilización. Y la tercera, la violación del principio moral del derecho natural que todo ser humano tiene a disfrutar de los resultados de su propia creatividad empresarial. De esta forma, concluye con un llamamiento que enlaza con el siguiente punto que abordaré, el del destino informacional de la política estatal. En la línea de las argumentaciones post-industrialistas globalistas estudiadas, el autor reclama: «es de esperar que, conforme la ciudadanía vaya dándose cuenta de los graves errores y esencial inmoralidad que se derivan del espurio concepto de “justicia social”, la coacción institucional del Estado que se considera justificada por el mismo irá desapareciendo paulatinamente, al igual que desaparecieron en el pasado instituciones tan odiosas como el asesinato de los recién nacidos o la esclavitud» [Huerta de Soto, 1996-1997: 37]. Pero, como vamos a concluir seguidamente, no se trata de instituciones; el Poder, más que nunca, opera como mera expresión de una voluntad dominadora que actúa más allá de los márgenes legales e institucionales de las erosionadas estructuras estatales. Por eso, éstas –hoy más que nunca-, en tanto subsisten en un nuevo marco de relaciones diferenciales de poder que las asocian a los centros decisorios del Mercado, se ponen al servicio del asesinato -bien a golpe de hambre, bien a golpe de bomba y metralla- de los recién nacidos, y de la esclavización “de hecho” –el derecho no importa- de una parte importante de una humanidad, en la práctica, prescindible.